Jiddu Krishnamurti

LA BENDICIÓN ESTÁ EN UNO MISMO

Últimas charlas públicas
en Bombay en 1985



Jiddu Krishnamurti

La bendición está en uno mismo

Últimas charlas públicas en Bombay en 1985



Introducción

Este libro contiene la última serie de charlas públicas que Krishnamurti ofreció en Bombay en febrero de 1985. Como de costumbre, debía regresar un año más tarde para ofrecer las charlas pero, por desgracia, no fue posible; una enfermedad terminal le obligó a viajar directamente de Madrás (Chennai) a Ojai (California), donde falleció el 17 de febrero de 1986.

Krishnamurti visitó Bombay por primera vez en 1921, y celebró charlas públicas desde 1924 hasta 1938. Después de la independencia de la India en 1947, estuvo en cierto sentido vinculado a la ciudad de Bombay hasta 1985. Además de las charlas públicas, mantuvo una serie de diálogos con pequeños grupos de amigos. Así fue como se iniciaron los diálogos como una forma de comunicación, y muchos de ellos están publicados en libros, como *Tradición y revolución* o *Más allá del pensa-*

miento. También entabló conversación con estudiantes y profesores de la Universidad de Bombay en 1969, y con el Instituto Indio de Tecnología en 1984.

Durante décadas, Krishnamurti fue testigo del preocupante crecimiento de Bombay, que pasó de ser una ciudad costera azotada por el viento a una metrópolis superpoblada, ruidosa y contaminada; en muchas de sus charlas se refirió a ese problema. No obstante, para él, estos problemas sociales no eran otra cosa que los síntomas de un profundo desorden latente en la psiquis de cada ser humano.

Por lo general, las charlas públicas tenían lugar los fines de semana en la Escuela de Arte J. J., que, a pesar de estar ubicada en el centro de la ciudad, tenía un amplio parque de árboles. Bombay fue, sin duda, el lugar del mundo que reunió al público más numeroso de Krishnamurti, en especial entre los años 1970 y 1980. Además, sus charlas en esta ciudad reunían una amplia muestra de los distintos estratos sociales: eruditos, intelectuales, políticos, hombres de negocios, artistas, amas de casa, *sanyasis* y estudiantes, así como hindúes, musulmanes, cristianos, budistas, jainistas y parsis.

Las charlas públicas de este libro son extraordinarias por las perspectivas y los matices inusuales de Krishnamurti al tratar temas psicológicos. Por ejemplo, en la segunda charla pública, plantea varias preguntas relacionadas con la inseguridad, la fragmentación, la identificación y el miedo, pero insiste en la importancia de limitarse a *es-*

cuchar la pregunta sin *hacer nada* más. Escuchar, afirmaba, es como plantar una semilla en la tierra, «Lo importante es hacerse la pregunta [...]. Dejar que la pregunta se conteste a sí misma, como una semilla en la tierra. Entonces verá que la semilla florece y se marchita. No la desentierre a cada momento para ver si crece». Ese concepto es como un estribillo que se repite a lo largo de la charla pública.

Se percibe una conmovedora intensidad en el contenido y el tono de la última charla, en la que Krishnamurti nos apremia a que nos demos cuenta de que estamos desperdiciando nuestras vidas al no liberarnos de nuestras heridas, nuestros conflictos, nuestros miedos y nuestros sufrimientos, y al seguir en nuestro estrecho mundo de la especialización. Esa libertad, según él: «Es el primer paso». La charla termina con un profundo sentimiento religioso y una intensa afirmación: «Así, pues, si pone todo su corazón, toda su mente, todo su cerebro, surge algo que está más allá de todo tiempo. Ahí es donde reside esa bendición. No está en los templos, en las iglesias o en las mezquitas. Esa bendición se encuentra donde uno está».

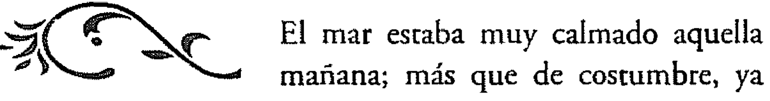
Este libro también incluye una serie de extractos de Krishnamurti que expresan la belleza de la orilla del mar de Bombay y la atmósfera de la ciudad, así como su sensibilidad hacia las personas, ya fueran ricas o pobres.

Extractos de Krishnamurti



El mar estaba en calma y casi no había olas en la arena blanca. Alrededor de la extensa bahía, al norte, se extendía la ciudad, y, al sur, las palmeras casi rozaban el agua. Apenas visibles, más allá de los bancos de arena, estaban los primeros tiburones, y un poco más lejos las barcas de los pescadores, construidas con troncos atados con fuertes sogas. Navegaban rumbo a una pequeña aldea al sur de las palmeras. La puesta del sol resplandecía, no donde uno hubiera esperado verla, sino al este; era un contraocaso, y las nubes, inmensas y compactas, mostraban todos los colores del espectro. Era un espectáculo realmente fascinante, tanto, que resultaba casi doloroso contemplarlo. Las aguas reflejaban los colores brillantes y trazaban un camino de exquisita luz hasta el horizonte.

(Capítulo 13. La Virtud, *Comentarios sobre el vivir - tomo I)*



El mar estaba muy calmado aquella mañana; más que de costumbre, ya que el viento del sur había dejado de soplar, y el mar se tomaba un respiro antes de que empezaran los vientos del nordeste. El sol y el agua salada habían blanqueado la arena, y se advertía un intenso olor a ozono mezclado con el de las algas. Todavía no se veía a nadie en la playa, y uno tenía el mar para sí mismo. Grandes cangrejos, con una pinza mucho mayor que la otra, se desplazaban despacio, curioseando, al mismo tiempo que agitaban en el aire la pinza más grande. También había cangrejos más pequeños, cangrejos comunes, que corrían hacia el agua que lamía la orilla, o entraban como una flecha en los orificios redondos que se habían formado en la arena humedecida. Centenares de gaviotas se habían posado por doquier; descansaban o se acicalaban el plumaje. El borde del sol empezaba a asomar sobre el mar, trazando una senda dorada sobre las aguas en calma. Todo parecía esperar este momento, ¡y cuán rápido pasaría! El sol siguió ascendiendo sobre el mar, que permanecía tan calmado como un lago resguardado en algún bosque frondoso. Ningún bosque podía contener aquellas aguas, ya que eran demasiado inquietas, potentes y amplias; pero aquella mañana reposaban apacibles, amigables y atractivas.

Bajo el árbol que crecía encima de la arena y del agua azul, transcurría la vida independiente de los cangrejos, del agua salada y de las gaviotas. Grandes hormigas ne-

gras se movían con rapidez sin decidirse adónde ir. Subían al árbol y, de repente, se precipitaban hacia abajo sin razón aparente. Dos o tres de ellas se detenían impacientes moviendo sus cabezas de un lado a otro y, más tarde, se abalanzaban con un fiero arranque de energía sobre una parte de la madera que con anterioridad debían haber examinado cientos de veces; volvían a estudiarla con ávida curiosidad, y, un segundo después, perdían interés por ella. Había una gran calma debajo del árbol, aunque todo rebosaba de vida alrededor de uno mismo. No soplaba una brizna de aire que agitase las hojas, pero cada hoja estaba llena de la belleza y la luz de la mañana. Palpitaba en el árbol una intensidad... no la espantosa intensidad del conseguir, del lograr, sino la de ser completo, sencillo, la de estar solo y, no obstante, ser parte de la Tierra. Los colores de las hojas, de las flores, del oscuro tronco se intensificaban mil veces, y las ramas parecían sostener los cielos. Había una increíble claridad, brillantez y vida a la sombra de aquel árbol solitario.


(Capítulo 18. Para cambiar la sociedad, uno tiene que romper con ella, *Comentarios sobre el vivir - tomo III)*



Hacía un calor húmedo, y el ruido de la gran ciudad saturaba el aire. La brisa del mar era cálida y había un olor a petróleo y alquitrán. Aunque el sol había empezado a ponerse, tiñendo de rojo las aguas distantes, el calor seguía siendo insoportable. Se retiró el numeroso grupo que llenaba la sala y salimos a la calle.

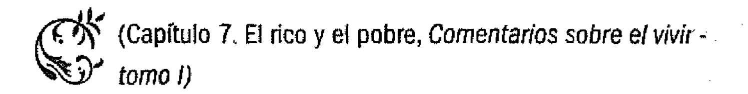
Los papagayos, como resplandecientes destellos de luz verde, regresaban a sus ramas para pasar la noche. Por la mañana temprano volaban hacia el norte, donde había huertos de árboles frutales, verdes prados, campos abiertos, y al atardecer regresaban de nuevo para pasar la noche en los árboles de la ciudad. Su vuelo nunca era suave, sino agitado, ruidoso y llamativo. Jamás volaban en línea recta como el resto de las aves, sino que constantemente viraban de derecha a izquierda y, de repente, se dejaban caer sobre el árbol. Cuando volaban eran las aves más revoltosas, pero qué hermosas eran, con sus picos rojos y su plumaje verde dorado, una auténtica gloria de luz. Los buitres pesados y feos descendían volando en círculos para pernoctar sobre las palmeras.

Se acercó un hombre tocando una flauta; era un sirviente. Subió la cuesta al son de su melodía y nosotros le seguimos; luego, sin dejar de tocar, dobló por una de las calles laterales. Resultaba extraño oír aquella flauta en una ciudad tan ruidosa, pero su música penetraba hasta lo más profundo del corazón. Era tan hermosa que durante un tiempo seguimos al flautista. Cruzamos varias

calles y llegamos a una de más ancha, más iluminada. Un poco más adelante, a la vera del camino, había un grupo de personas sentadas con las piernas cruzadas, y el flautista se unió a ellas. Nosotros también lo hicimos, y permanecimos todos sentados alrededor de él mientras seguía tocando. La mayoría de ellos eran chóferes, sirvientes y vigilantes con varios niños y dos o tres perros. Pasaron algunos automóviles; uno de ellos, conducido por un chófer, tenía encendida la luz interior y se veía sólo a una señora vestida de manera elegante. Se acercó otro vehículo; el chófer bajó y se sentó con nosotros. Todos conversaban animadamente, gesticulaban y reían, pero el sonido melodioso de la flauta nunca amainaba; era un verdadero deleite.

Al rato nos fuimos y tomamos un camino que conducía al mar, pasadas unas casas de gente rica muy bien iluminadas. Los ricos se rodean de un peculiar ambiente. Por más cultos, discretos, tradicionales y educados que sean, tienen un aire de seguridad y altivez impenetrables, una sólida certeza y rigidez difíciles de traspasar. No poseen la riqueza, sino que ésta les posee a ellos, lo cual es peor que la muerte. Su vanidad es filantropía; se creen guardianes de su riqueza, y se dedican a la beneficencia, hacen donaciones; son los realizadores, los emprendedores, los donantes. Construyen iglesias y templos, pero su dios es el dios de su oro. Con la pobreza y degradación que existe, uno debe ser muy insensible para ser rico. Algunos de ellos vienen a preguntar, a polemizar, a encontrar la realidad; pero hallarla es extre-

madamente difícil tanto para el rico como para el pobre. Los pobres ansían ser ricos, poderosos, y estos últimos están atrapados en la red de su propia acción; aun así, son creyentes y se atreven a acercarse a la religión. Especulan, no solo en los mercados, sino también con lo supremo. Juegan con ambas cosas, pero solo consiguen la prosperidad que les permite sus corazones. Sus creencias y ceremonias, sus esperanzas y temores nada tienen que ver con la realidad, porque sus corazones están vacíos. Cuanto mayor es el aspecto externo, mayor es la pobreza interna.


(Capítulo 7. El rico y el pobre, *Comentarios sobre el vivir - tomo I*)

Primera charla pública

Nuestro cerebro, que es asombrosamente libre en una dirección, en lo psicológico está atrofiado

Éste es un diálogo entre nosotros, una conversación entre dos amigos. Por tanto, no ese trata de una conferencia para instruir, informar o guiar. Evidentemente, juntos, vamos a hablar de muchas cosas; no se trata de convencer de nada o de informar de nuevas ideas, nuevos conceptos, conclusiones o ideales. Juntos, vamos a observar el mundo entero tal y como es, vamos a ver lo que sucede, no sólo en esta parte del mundo, sino también en el resto del planeta. Juntos, quien les habla quiere decir juntos. Así que juntos vamos a observar sin ninguna influencia y sin ningún prejuicio lo que sucede globalmente.

Por tanto, ésta es una charla seria, y no intelectual, emocional o devocional. De modo que debemos ejercitar nuestros cerebros; ser escépticos, dudar; debemos cuestionar y no aceptar nada de lo que diga nadie, incluidos todos sus gurús y libros sagrados. El mundo está en

crisis, una crisis que no es meramente económica, sino más bien psicológica. Hemos vivido en la Tierra durante millones de años y, en este largo período, hemos padecido toda clase de catástrofes y guerras. Han desaparecido civilizaciones enteras y también aquellas culturas que moldearon la conducta de los seres humanos. Ha habido grandes líderes, tanto políticos como religiosos, con todos sus engaños a los seres humanos. Y después de esa enorme evolución del cerebro humano, somos lo que siempre hemos sido: primitivos, bárbaros, crueles, y nos preparamos para la guerra. Hoy en día, cada nación almacena armamento. Y los seres humanos siguen atrapados en esa rueda del tiempo. No hemos cambiado mucho; seguimos siendo bárbaros, con toda clase de creencias y supersticiones. Pero al final, ¿dónde estamos?

Por favor, hablamos juntos de estas cosas. No se trata de que el orador lo explique todo; es algo muy obvio. Usted y quien les habla, juntos, estamos examinando con detenimiento, con diligencia, en qué nos hemos convertido, qué somos. Así que preguntamos: ¿cambiaremos con el tiempo? Es decir, con el tiempo, en cincuenta mil o un millón de años, ¿cambiará la mente humana, el cerebro humano? ¿O el tiempo no tiene ninguna importancia? Hablemos de todas estas cosas.

Los seres humanos están psicológicamente heridos. En todo el mundo, los hombres padecen un enorme sufrimiento, dolor, pena, soledad y desesperación. Sin embargo, el cerebro ha creado las cosas más maravillo-

sas, tanto ideológica, como tecnológica y religiosamente. El cerebro tiene una capacidad extraordinaria; pero ésta es muy limitada. En lo tecnológico hemos avanzado a gran velocidad; no obstante, en lo psicológico, en lo interno, somos muy primitivos, bárbaros, crueles, irreflexivos, insensibles e indiferentes con lo que sucede. No sólo nos mostramos indiferentes frente a la corrupción que se extiende en el ámbito ecológico, sino también a la que existe en nombre de la religión, de la política, de los negocios, etcétera. La corrupción no sólo consiste en pasar dinero por debajo de la mesa o entrar mercancías de contrabando en el país, sino que empieza allí donde existe interés propio, que es el origen de la corrupción.

¿Estamos pensando juntos o sólo escuchan a quien les habla? Conversamos como dos amigos que pasean a lo largo de un camino, un camino en el mundo global, un camino dentro de nosotros mismos: lo que somos, en lo que nos hemos convertido y por qué nos hemos convertido en eso que somos. Es necesario que recorramos este camino juntos. No se trata de que el orador haga el camino y le indique el mapa, la carretera y la ruta. Sino, más bien, estamos juntos, y quien les habla quiere decir juntos. Él no es un gurú. No debemos seguir a nadie en el mundo del pensamiento, en el mundo de la psique. Dependemos demasiado de la ayuda de los demás, pero nosotros no les estamos ayudando. Seamos muy claros sobre este punto: quien les habla no les está ayudando, porque ya hemos tenido demasiados ayudantes, y no so-

mos capaces de permanecer solos, de pensar las cosas por nosotros mismos; no somos capaces de mirar el mundo y nuestra relación con el mundo, ni ver si realmente somos individuos o una parte de la humanidad. No ejercitamos nuestros cerebros, que son enormemente capaces. Utilizamos nuestra energía, nuestra capacidad, nuestro entendimiento intelectual en una única dirección, en la tecnológica. Sin embargo, nunca comprendemos la conducta humana ni por qué somos lo que somos después de este largo período de evolución.

Como acaba de decir quien les habla, él no les ayudará; sino que juntos estamos mirando, comprendiendo. Por supuesto, la ayuda de un médico o de un cirujano puede ser necesaria; pero también dependemos de los gobiernos, por más corruptos que sean; o del cartero, del lechero, etcétera. Pero pedir ayuda a través de la oración, de la meditación, resulta totalmente inútil. Hemos dependido de ella, hemos tenido miles de gurús y miles de libros, tanto religiosos como no profanos y, a pesar de todos ellos, seguimos paralizados. Hemos ganado muchísimo dinero, hemos conseguido tener grandes casas, automóviles, etcétera, pero en lo psicológico, en lo interno, en lo subjetivo, seguimos prácticamente paralizados, porque dependemos de que los demás nos digan lo que debemos hacer o pensar. De modo que, por favor, quien les habla dice, con el mayor respeto, con toda seriedad y con todo el corazón, que no trata de ayudarles. Al contrario, estamos juntos.

Así pues, usted y el orador debemos investigar lo siguiente: nuestra relación con el mundo, que se torna más y más complejo; nuestra relación unos con otros, por más íntima que sea; nuestra relación con un ideal; nuestra relación con nuestro gurú, y con aquello que llamamos Dios. Tenemos que investigar seria y profundamente esa cualidad del cerebro que comprende o que tiene una percepción directa sobre el mundo externo y todo nuestro mundo interno. Debe quedar claro que no tratamos de indicar un camino, un método, un sistema, ni de ninguna manera tratamos de ayudarle. Todo lo contrario, somos seres humanos independientes. Ésta no es una afirmación cruel o indiferente. Más bien somos como dos amigos que hablan juntos de estas cosas, tratando de comprender el mundo: el entorno, todas las complicaciones de la economía y la división de las religiones y de las naciones. Amistad significa que no intentamos persuadirnos, imponernos ni impresionarnos unos a otros. Somos amigos, y, por tanto, hay cierta cualidad de afecto, de entendimiento, de intercambio. Nosotros estamos en esa posición.

De modo que empecemos primero por ver qué es nuestro cerebro. Quien les habla no es un especialista del cerebro, pero ha hablado con diferentes personas que sí lo son. El cerebro, ubicado en el interior del cráneo, es un instrumento extraordinario. Ha acumulado un enorme conocimiento de casi todo, ha inventado las cosas más increíbles, como las computadoras, los veloces medios de comunicación y los instrumentos de guerra. En ese cam-

po, el cerebro tiene libertad absoluta para inquirir, para inventar y para investigar. Empieza con el conocimiento, y acumula más y más saber. Si cierta teoría no funciona, la descarta. Sin embargo, el cerebro no es tan libre a la hora de investigar el «yo»; está condicionado, moldeado, programado para ser hindú, musulmán, cristiano, budista, etcétera. Como una computadora, el cerebro humano está programado: que si son necesarias las guerras, que si hemos de pertenecer a cierto grupo, que si nuestras raíces son parte del mundo, etcétera. Y eso es verdad, no es una exageración. Todos estamos programados por la tradición, por la constante repetición en los periódicos y revistas, por miles de años de presión. El cerebro tiene libertad en una dirección: en el mundo de la tecnología; pero ese mismo cerebro, que es enormemente capaz, se ve limitado por su propio interés. Nuestro cerebro, que es por completo libre en una dirección, en lo psicológico está atrofiado.

¿Es posible que el cerebro humano sea del todo libre para tener una energía enorme? No para hacer fechorías, no para tener más poder o dinero (aunque se debe tener un poco de dinero), sino para inquirir, para descubrir una manera de vivir libre del miedo, del sentimiento de soledad, del sufrimiento, y para preguntarse por la naturaleza de la muerte, de la meditación y de la verdad. ¿Es posible que el cerebro humano, que ha sido condicionado durante miles de años, sea totalmente libre? ¿O los seres humanos están condenados a ser unos esclavos

y a no conocer nunca qué es la libertad? No se trata de una libertad abstracta, sino de la libertad del conflicto, porque vivimos en él. Un factor común en todos los seres humanos, desde que nacen hasta que mueren, es esa lucha constante, esa búsqueda de seguridad, por eso nunca la encuentran, y al sentirse inseguros buscan seguridad. Y bien, ¿es posible que los seres humanos en este mundo moderno, con todas sus complejidades, vivan sin sombra de conflicto? Porque el conflicto distorsiona el cerebro, reduce su capacidad, su energía y, por tanto, pronto se agota. A medida que uno envejece, puede observar en sí mismo ese permanente conflicto.

¿Qué es el conflicto? Por favor, no esperen a que responda; eso no tiene ninguna gracia. Hágase esa pregunta, ejercite su mente para descubrir cuál es la naturaleza del conflicto. Es evidente que donde hay dualidad hay conflicto: «yo» y «usted», mi esposa y yo, la división entre el meditador y la meditación. Mientras exista división entre nacionalidades, entre religiones, entre la gente, entre el ideal y el hecho, entre «lo que es» y «lo que debería ser», habrá conflicto. Ésa es la ley. Siempre que haya división, la que existe entre el árabe y el judío, entre el hindú y el musulmán, entre padre e hijo, etcétera, habrá conflicto. Eso es un hecho. Esa división también es el «más»: «No lo sé, pero si me da unos años más, lo sabré». Espero que entiendan esto.

¿Quién crea esa división entre «lo que es» y «lo que debería ser»? Existe una división entre lo que llamo Dios,

siempre que esa entidad exista, y yo mismo; hay una división entre querer paz y estar en conflicto. Ésa es la verdadera realidad de nuestra vida cotidiana. Por eso quien les habla pregunta, igual que ustedes también deberían hacerlo: ¿quién crea esa división, no solo en lo externo sino también internamente? Por favor, háganse esa pregunta. ¿Quién es el responsable de esa confusión, de esa interminable lucha, dolor, soledad, desesperación, y de esa sensación de sufrimiento de las que, según parece, el ser humano nunca puede escapar? ¿Quién es el responsable de todo ello? ¿Quién es el responsable de esa sociedad en la cual vivimos? En este país hay una enorme pobreza. ¿Entienden todo eso o nunca han pensado en ello? ¿O están tan ocupados con su propia meditación, con sus dioses, con sus metas, con su propios problemas, que nunca han pensado en ello, que nunca se lo han cuestionado?

Hay varias cosas implicadas en todo ello. Aquellos que son bastante inteligentes, conscientes y sensibles siempre han buscado una sociedad igualitaria. Se han preguntado: ¿puede haber igualdad de oportunidades, se pueden eliminar las diferencias de clases de modo que no haya división entre el trabajador y el director, entre el carpintero y el político? Y nosotros queremos saber: ¿hay justicia en el mundo? Ha habido diversas revoluciones, como la francesa o la rusa, que intentaron establecer una sociedad donde hubiera igualdad, justicia y bondad. Pero no tuvieron éxito; todo lo contrario, de diferente

manera regresaron al viejo modelo. Así pues, tienen que investigar no sólo por qué los seres humanos viven en constante conflicto y sufrimiento y por qué buscan seguridad, sino también la naturaleza de la justicia. ¿Existe realmente justicia en este mundo? ¿La hay? Uno es inteligente y otro no lo es. Uno goza de todos los privilegios y otro no tiene ninguno. Uno vive en una casa enorme y otro en una choza con apenas una comida al día. Luego, ¿hay realmente justicia? ¿No es importante descubrirlo por uno mismo y, por tanto, ayudar a la humanidad? [Lo siento, no quise decir «ayudar»; retiro esa palabra]. Para comprender y descubrir si en realidad existe la naturaleza de la justicia, debemos investigar con gran ahínco la naturaleza del sufrimiento, y si de verdad es posible eliminar el interés propio. También debemos investigar qué es la libertad y qué es la bondad.

Cada ser humano ha creado esa sociedad en la que vivimos, con su codicia, su envidia, su agresividad y su búsqueda de seguridad. Nosotros hemos creado la sociedad en la que vivimos, para luego convertirnos en unos esclavos de esa sociedad. ¿Entienden todo esto? A partir del miedo del ser humano, del sentimiento de soledad y de la búsqueda de la seguridad (sin nunca entender qué es la inseguridad y buscar siempre la seguridad) hemos creado nuestra cultura, nuestra sociedad, nuestras religiones y nuestros dioses. Así pues, volvamos al principio. ¿Quién ha establecido esa división? Porque la división y el conflicto existen. Eso es una verdad absoluta. Piense

en ello, señor. ¿No ha sido el pensamiento el que ha dividido el mundo en cristianos, budistas, judíos, árabes, hindúes y musulmanes? ¿Ha sido el pensamiento?

En consecuencia, preguntamos: ¿qué es el pensamiento? Vivimos a través de la acción del pensamiento. Se trata del factor central de nuestras acciones. ¿No es cierto? Por medio del pensamiento ganamos dinero, el pensamiento me separa de usted, separa al esposo de la esposa, el ideal de «lo que es». Y bien, ¿qué es el pensamiento? ¿Qué es pensar? ¿Pensar no es una actividad de la memoria? Por favor, señores, no acepten nada de lo que dice quien les habla. Deben incorporar el beneficio de la duda y cuestionar sus propias experiencias, sus propias ideas. Quien habla dice, como amigo, a quien puede escucharle, y eso depende de ustedes, que el pensamiento ha creado esa división. El pensamiento es el responsable de las guerras y de todos los dioses que ha inventado el hombre. El pensamiento es quien ha llevado al hombre hasta la Luna, ha creado la computadora y todos estos instrumentos extraordinarios del mundo de la tecnología. Y el pensamiento también es el responsable de la división y del conflicto entre «lo que es» y «'lo que debería ser». Esto último es un ideal; es algo que se debe alcanzar, algo que se tiene que lograr, pero también es alejarse de «lo que es». Por ejemplo, los seres humanos son violentos. Y esto se trata de un hecho obvio. Incluso después de un largo período de tiempo, el hombre no está libre de violencia. Pero ha inventado la no violencia. No sólo

la ha creado, sino que también la busca. Sin embargo, si realmente es honesto debe reconocer que es violento. Al buscar eso que llama la «no violencia», siembra sin cesar la semilla de la violencia. Eso es algo evidente; es un hecho.

En este país se habla mucho de no violencia, lo cual es vergonzoso, porque todos somos violentos. La violencia no es sólo física; también ese puede considerar violencia la imitación, el conformismo, alejarse de «lo que es», de modo que la violencia sólo puede eliminarse completamente de la mente humana, del corazón humano, cuando no hay un opuesto. El opuesto es la no violencia, lo cual no es algo real, sino que no es más que un escape de la violencia. Si uno no escapa, entonces sólo existe violencia. Pero no somos capaces de afrontar ese hecho. Siempre escapamos de él hecho, buscamos excusas, razones económicas, innumerables métodos para superarla, pero la violencia sigue ahí, y el mismo hecho de tratar de superarla es parte de la violencia.

Para afrontar la violencia, es necesario prestarle atención y no escapar de ella. Debe ver qué es, ver la violencia que hay entre hombre y mujer, tanto de género como de otras formas. ¿No hay violencia cuando uno busca más y más, e intenta «llegar a ser» más y más? Trate de ver la violencia y permanecer con ella; no escape, no intente reprimirla ni trascenderla, ya que todo ello implica conflicto. Viva con ella, mírela; de hecho, valórela, y no la traduzca a partir de sus deseos, sus agrados o desagra-

dos. Tan sólo mírela y obsérvela con enorme atención. Si presta atención completa a algo, es como encender una luz brillante, y entonces verá todas las cualidades, las sutilezas, las implicaciones, verá todo el mundo de la violencia. Cuando uno ve algo con mucha claridad, ese algo desaparece. Pero rehusamos ver las cosas de ese modo.

Ahora bien, preguntamos: ¿quién ha creado el conflicto entre los seres humanos, con el entorno, con los dioses, con todo? ¿Alguna vez se han preguntado por qué se consideran individuos? ¿Lo son realmente? ¿O han sido programados para creer que lo son? Su conciencia es igual que la del resto de seres humanos: sufren, se sienten solos, tienen miedo, buscan placer y evitan el dolor. Eso mismo sucede en cada ser humano de este mundo, lo que es un hecho psicológico. Puede que usted sea más alto, más moreno, más rubio, pero todo eso son ornamentos externos, como el clima, la comida, etcétera. Y la cultura también es algo externo. No obstante, en lo psicológico, en lo subjetivo, nuestra conciencia es común al resto de los seres humanos. Puede que eso no le guste, pero es un hecho. De modo que psicológicamente no es diferente del resto de la humanidad. Usted *es* la humanidad. No diga: «Sí»; no tiene ningún sentido sólo aceptarlo como una idea. Es un hecho irrefutable que usted es el resto de la humanidad, y no alguien diferente. Tal vez tenga un mejor cerebro, más riquezas, más astucia y mejores libros; pero deje todo eso a un lado porque son cosas superficiales, son adornos. En el interior, cada ser humano de este

mundo comparte con usted el sufrimiento. ¿Se da cuenta de lo que eso significa? Significa que cuando dice que es el resto de la humanidad, tiene una enorme responsabilidad. Significa que tiene un enorme afecto, amor y compasión, y no esa idea tonta de que «todos somos uno».

Debemos investigar qué es pensar y por qué se ha tornado tan importante. Sin memoria es imposible pensar. Si no tuviéramos memoria no podríamos pensar. Nuestros cerebros (que son igual que los del resto de la humanidad, y no son pequeños cerebros independientes) están condicionados por el conocimiento, por la memoria. Y ambos se basan en la experiencia, tanto del mundo científico como del mundo subjetivo. Nuestras experiencias, por más sutiles, por más espirituales y por más personales que sean, siempre son limitadas. Por eso nuestro conocimiento, que es el resultado de la experiencia, también es limitado. Podemos añadir más y más conocimiento, pero por más que pongamos, lo que acumulamos es limitado. Estamos diciendo que al ser la experiencia limitada, el conocimiento también lo es, ya sea éste del pasado, del presente o del futuro.

Conocimiento significa memoria, la que se guarda en la computadora o en el cerebro. Así pues, el cerebro es memoria. Y ésta dirige el pensamiento, lo cual es un hecho. De ahí que el pensamiento siempre sea limitado. ¿De acuerdo? Es lógico, racional, no es algo inventado; es así. La experiencia es limitada; por consiguiente, el conocimiento también lo es.

A continuación, preguntamos: ¿existe otra actividad que no se divida, que no esté fragmentada, que no se separe? ¿Existe una actividad holística que nunca divida, como el «usted» y el «yo»? La división es la que crea el conflicto. Ahora bien, ¿cómo lo descubrirá por sí mismo, es decir, ver que el pensamiento divide, que crea conflicto, que forma una sociedad y luego se separa de ella? El pensamiento es el único instrumento que hemos tenido hasta ahora. Uno puede decir que hay otro instrumento que es la intuición. Pero puede ser irracional; es posible inventar algo y vivir en esa ilusión.

Con toda seriedad preguntamos (si uno ha comprendido la naturaleza del pensamiento y si existe otra acción o forma de vivir que nunca sea fragmentada, separada como el mundo y yo, o yo y el mundo): ¿existe ese estado del cerebro, o ese estado del no cerebro, que sea totalmente holístico, completo?

Lo descubrirán si son serios, si son libres. Tienen que liberar todo lo que han acumulado, pero no físicamente (por favor, no cancelen su cuenta bancaria, aunque de todos modos no lo harán), sino tratar de eliminar todo lo acumulado a nivel psicológico. Esto resulta bastante difícil; significa que deben ser libres. Como saben, etimológicamente la palabra *libertad* también significa «amor». Cuando hay libertad, ninguna limitación y esa enorme profundidad, también hay amor. Para descubrirlo, y para que aparezca esa forma de vida holística libre de interés propio, uno debe estar libre de fricción y conflicto en la relación.

Vivimos relacionados. Podemos vivir en el Himalaya, en un monasterio, en una pequeña choza o en un palacio, pero no es posible vivir sin relacionarse. Relacionarse significa «estar relacionado», «estar en contacto con», no sólo física o sexualmente, sino también estar en total contacto con el otro. No obstante, nunca estamos de este modo con el otro. Incluso en la relación más íntima, hombre-mujer, cada uno persigue sus ambiciones personales, sus propias realizaciones, su forma de vivir opuesta a la del otro, del mismo modo que dos líneas paralelas que nunca se encuentran. En esa clase de relación siempre existe algún conflicto. Afronten ese hecho.

Y bien, ¿qué crea el conflicto entre dos seres humanos? En su relación con su esposa, con su esposo o con sus hijos (que es la relación más íntima), ¿qué crea el conflicto? Háganse esa pregunta, señores. ¿No se debe a que tiene una imagen de su esposa y ella tiene una imagen de usted? Esa imagen que se ha construido con mucho, mucho cuidado, ya sea en un período corto o muy largo, ese registrar constante en el cerebro de la relación con el otro, crea la imagen de su esposa o su esposo; y esa imagen es la que divide. En especial, cuando vive en la misma casa con todo ese caos, entonces escapa haciéndose monje o lo que sea. Pero allí también tiene sus propios problemas, sus propios deseos, sus propias búsquedas, que de nuevo se convierten en conflicto.

¿Podemos vivir sin ninguna imagen del otro, realmente sin ninguna imagen? ¿Lo han intentado alguna

vez? Observen la lógica, el sentido común: mientras funcione la maquinaria que crea las imágenes, que registra insultos o halagos, eso crea una imagen del otro, y ésta es el factor que divide. Luego, ¿es posible vivir sin ninguna imagen? En ese momento descubrirá qué es la verdadera relación, porque no habrá ningún conflicto en la ella, lo que es del todo necesario si se quiere comprender la limitación del pensamiento e investigar una manera de vivir holística, libre de cualquier fragmentación.

Otro factor se debe a que desde la infancia nos han educado para que tengamos problemas en nuestras vidas. Cuando nos envían a la escuela tenemos que aprender a leer, a escribir, etcétera. Aprender a escribir constituye un problema para el niño. Por favor, sigan esto con detenimiento. Las matemáticas, la historia, la química se convierten en un problema, de modo que, desde la infancia, se educa al niño para que viva con problemas, ya sea el de Dios, o muchísimos más. Por eso, nuestros cerebros están condicionados, educados, acostumbrados a vivir con problemas, puesto que desde la infancia lo hacemos. ¿Qué sucede cuando educamos al cerebro con problemas? Nunca los resuelve, sólo genera otros. Cuando un cerebro está entrenado para tener problemas, para vivir con ellos, al tratar de solucionar uno, en ese mismo acto de solucionarlo, crea otro problema. Desde la infancia nos han entrenado y educado a vivir con problemas, por tanto, al estar asentados en ellos, nunca los solucionamos del todo. Sólo un cerebro libre, que no está condicio-

nado para tener problemas, puede solucionarlos. Tener problemas continuamente es una de nuestras lacras porque, en consecuencia, nuestros cerebros nunca están en calma, libres para observar, para mirar.

Por esa razón preguntamos: ¿es posible no tener ningún problema y afrontarlos? Sin embargo, para comprenderlos y resolverlos por completo, el cerebro debe ser libre. Observe la lógica. Ésta, junto con la razón, son necesarias. Sólo entonces puede ir más allá de la lógica y de la razón. Pero si uno no es lógico, si no avanza paso a paso, se engañará siempre y terminará viviendo en alguna clase de ilusión. Descubrir una manera de vivir que permita enfrentar los problemas, resolverlos y no quedar atrapado en ellos requiere una enorme observación y atención, darse cuenta y asegurarse de que nunca, ni por un segundo, se engaña a sí mismo.

Primero debe haber orden. Y éste sólo surge cuando no hay problemas, cuando hay libertad, pero no la libertad para hacer lo que uno quiera, porque eso no es libertad en absoluto. Elegir este gurú o aquel otro, este libro o aquél no es más que otra forma de confusión. Donde hay elección, no hay libertad. Uno sólo elige cuando el cerebro está confundido. Cuando éste tiene claridad, entonces no cabe la elección, ya que tan sólo hay percepción directa y acción correcta.

2 de febrero de 1985

Segunda charla pública

El pensamiento y el tiempo siempre van unidos. No son dos movimientos independientes

¿Podemos seguir con lo que hablamos ayer por la tarde? En realidad esto no es una conferencia, sino una conversación entre nosotros, entre dos amigos que se conocen desde hace mucho tiempo, que no tratan de impresionarse o de convencerse mutuamente de nada; sino que tan sólo somos amigos. Jugamos al golf, salimos a pasear, miramos las estrellas, los árboles, el pasto verde y la belleza de las montañas, y hablamos de nuestros problemas íntimos, problemas que no somos capaces de resolver, temas confusos como vivir tal como lo hacemos en este mundo moderno con todas sus dificultades, ese caos y esa vulgaridad. Nos preocupa en qué se convertirán los seres humanos y por qué después de un millón de años son como son ahora: insensatos, supersticiosos, creyentes, ingenuos y atrapados en organizaciones.

De modo que ustedes y quien les habla vamos a hablar juntos de estas cosas. Es decir, no se limiten a simplemente a escuchar al orador; por el contrario, deben captar el espíritu, participar en la investigación. Tienen que ejercitar sus cerebros tanto como les sea posible. No acepten nada de lo que diga. Sean escépticos, cuestionen y, si quieren, juntos emprenderemos un largo viaje, no sólo en lo externo, sino también internamente, en todo ese mundo psicológico: el mundo del pensamiento, del sufrimiento, del miedo y de las penurias.

Esto no es una conferencia para informarles o instruirles, se trata de que dialoguemos y conversemos juntos sin aferrarnos a nuestras creencias, convicciones, experiencias o supersticiones personales, sino compartiendo y cambiando a medida que avanzamos. De modo que no se trata de ninguna propaganda o intento para convencerles. Todo lo contrario; debemos dudar, cuestionar, inquirir y, como amigos, escucharnos unos a otros.

Escuchar es un arte del que muy pocos pueden hacer alarde. Nunca escuchamos *verdaderamente*. La palabra tiene un sonido, y cuando no lo escuchamos, lo interpretamos, tratamos de traducirlo a nuestro propio lenguaje particular o a nuestra tradición. Nunca escuchamos plenamente, sin distorsión alguna. Por eso quien les habla sugiere, de manera respetuosa, que escuchen y no interpreten lo que digo. Cuando a un niño le cuentan una historia interesante, la escucha con enorme curiosidad y

energía. Quiere saber qué sucederá, y espera con excitación hasta el final. Pero los adultos han perdido esa curiosidad, esa energía para descubrir, esa energía necesaria para ver las cosas con claridad, tal como son, sin ninguna distorsión. Nunca nos escuchamos unos a otros; nunca escuchamos a nuestras esposas, ¿lo hacen? Las conocen demasiado bien, o ellas a ustedes. No existe ese sentido de profundo aprecio, de amistad, de concordia, que hace que uno escuche al otro, tanto si le gusta como si no. Sin embargo, si escucháramos de forma completa, ese mismo acto de escuchar sería un gran milagro.

Ese escuchar, ese ver, ese observar es muy importante. Pero nunca observamos; observamos lo que nos conviene, lo que nos agrada; y sólo cuando hay una recompensa o un castigo. No sé si han advertido que toda nuestra formación, nuestra educación y nuestra vida cotidiana se basa en un principio: el castigo y la recompensa. Meditamos y «progresamos» para conseguir una recompensa, etcétera. Al buscar una recompensa, ya sea física o psicológica, esa búsqueda también trae dolor cuando la recompensa no es satisfactoria. ¿Podemos escucharnos unos a otros *per se*, por nosotros mismos, sin ningún otro motivo? ¿Podemos escucharnos como si escucháramos una música maravillosa o el canto de un pájaro, con nuestros corazones, con nuestras mentes, con toda nuestra energía? De ser así, podríamos llegar muy lejos.

La mayoría de los seres humanos, todos nosotros, buscamos seguridad, y ésta adquiere muchas formas. La

seguridad es muy importante. Si no tenemos seguridad, tanto física como psicológica, nuestros cerebros no funcionan bien, con plenitud y con energía. Necesitamos seguridad. Pero la seguridad física se niega a millones y millones de personas que apenas tienen una comida al día. Y nosotros, la llamada gente educada, adinerada, siempre estamos buscando, conscientemente o no, cierta clase de seguridad que nos brinde una completa satisfacción. Queremos seguridad, puesto que ésta es necesaria tanto física como psicológicamente. Sin embargo, al buscar esa seguridad nunca intentamos averiguar qué es la inseguridad. Si juntos podemos descubrir qué es la inseguridad y por qué nos sentimos inseguros, entonces, al revelarse ésta, de forma natural llega la seguridad.

Y bien, ¿qué es la inseguridad? ¿Por qué nos sentimos inseguros en nuestra relación con otro? En el mundo externo hay tremendas dificultades, caos, agonía, cada uno buscando su lugar, su seguridad, tratando de huir de ese terrible estado de inseguridad. ¿Podemos, juntos, investigar por qué nos sentimos inseguros? No se trata de investigar qué es la seguridad, porque ésta puede ser una ilusión. Esa seguridad que buscan puede que la hayan depositado en un concepto romántico, en una imagen, en una tradición, en la familia o en el apellido. ¿Qué significa la palabra *inseguridad*? En su relación con su esposa o esposo, no existe esa seguridad completa; siempre hay un trasfondo, una sensación de que algo no va bien. De modo que investiguen conmigo por qué los seres hu-

manos se sienten inseguros. ¿Se debe a que no tienen un empleo? En un país como éste, tan superpoblado, seguramente hay diez miel personas por cada empleo. ¿No lo saben, y creen que me lo estoy inventado? Si no nos sintiéramos inseguros no hablaríamos de dioses y de seguridad, pero como nos sentimos inseguros buscamos el opuesto.

¿Han escuchado alguna vez un sonido? ¡Un sonido! El Universo está lleno de sonidos. La Tierra está llena de sonidos. Y nosotros buscamos el silencio. Meditamos para encontrar cierta paz o cierto silencio. Sin embargo, si comprendiéramos el sonido, en ese mismo acto de escucharlo, habría silencio. El silencio no está separado del sonido, pero no lo comprendemos porque nunca escuchamos el sonido. ¿Alguna vez se han sentado debajo de un árbol cuando no sopla el viento, cuando todo está en calma, y no se mueve ni una sola hoja? ¿Alguna vez se han sentado debajo de un árbol como éste y han escuchado su sonido? Si no existiera el silencio, no habría sonido. Así, el sonido de la inseguridad, el mismo sonido, nos hace buscar seguridad, porque nunca escuchamos el sonido de la inseguridad. Si escucháramos todas las implicaciones de la inseguridad, todo su movimiento, ese que nos hace inventar dioses y rituales, entre otras cosas, entonces, de esa inseguridad surgiría de manera natural la seguridad. Sin embargo, si buscamos la seguridad como algo independiente de la inseguridad, se produce el conflicto.

Como saben, al atardecer, cuando el cielo está despejado, lo único que se ve es una estrella en el cielo, y cuando hay un silencio absoluto, cuando lo escuchan, en ese silencio hay sonido. No hay separación alguna entre el sonido y el silencio; van unidos. De esa misma manera debemos comprender la inseguridad, su causalidad. La causa de la inseguridad es nuestra propia limitación, nuestro estado psicológico escindido. Pero hay una manera de vivir holística en la que no existe la seguridad o la inseguridad.

Así pues, si lo desean, vamos a preguntarnos qué es ese estado holístico de la vida. La palabra *holístico* significa «completo», un estado en el cual no existe fragmentación (como un hombre de negocios, un artista, un poeta, una persona religiosa, etcétera). No obstante, nosotros constantemente categorizamos a las personas como comunistas, socialistas, capitalistas, etcétera.

Nuestras vidas, si observan con detenimiento, están divididas, fragmentadas; y debemos comprender por qué los seres humanos, que han vivido en esta magnífica Tierra durante millones de años, están tan fragmentados, tan divididos. Como decíamos ayer, una de las principales causas de esa división se debe a que el cerebro es esclavo del pensamiento, y que éste es limitado. Donde hay limitación tiene que haber fragmentación. Si estoy interesado por mí mismo, por mi progreso, por realizarme, por mi felicidad y por mis problemas, divido toda la estructura de la humanidad en forma de «yo». De modo

que el pensamiento es uno de los factores de fragmentación de los seres humanos. Y el tiempo es otro.

¿Alguna vez han considerado qué es el tiempo? Según los científicos interesados por el tema, el tiempo es una secuencia de movimientos; movimiento es tiempo. El tiempo no sólo es el del reloj, el cronológico, sino que también es la salida y la puesta del sol, la oscuridad de la noche y la luminosidad de la mañana. Y también está el tiempo psicológico, el tiempo interno: «Soy esto y seré aquello»; «No sé matemáticas, pero algún día las aprenderé». Para todo ello se requiere tiempo; para aprender un idioma se necesita mucho tiempo. Está el tiempo para aprender, para memorizar, para desarrollar una habilidad, y también está el tiempo como la entidad egoísta que dice: «Llegaré a ser algo más». Ese «llegar a ser» psicológico también implica tiempo. Y nosotros estamos estudiando no sólo el tiempo para aprender una habilidad, sino también el que hemos desarrollado como un proceso de logro. No sabe cómo meditar, pero cruza las piernas y aprende cómo controlar sus pensamientos para lograr algún día esa supuesta meditación. De modo que practica, practica, practica, y así es como se convierte en mecánico. Es decir, cualquier clase de práctica hace que sea mecánico.

De manera que el tiempo es el pasado, el presente y el futuro. El pasado consta de todos los recuerdos, las experiencias, el conocimiento, y lo que los seres humanos han logrado. Todo lo que permanece en el cerebro

como memoria es el pasado. Así de simple. El pasado (los recuerdos, el conocimiento, las experiencias, las tendencias) está actuando ahora; por eso usted es el pasado. Y el futuro es lo que usted es ahora, tal vez, algo modificado. El futuro es el pasado modificado. Por favor, adviértalo, compréndalo. El pasado, que se modifica en el presente, es el futuro. Sin un cambio radical en el presente, mañana usted será lo mismo que es hoy. Así que el futuro es el ahora; no me refiero al futuro necesario para adquirir conocimientos, sino al futuro psicológico. Así, la psique, el «yo», el ego son el pasado, son memoria. Y esa memoria se modifica a sí misma en el ahora, y así sigue. Por tanto, el futuro y el pasado están en el presente. Todo tiempo (el pasado, el presente y el futuro) es una continuidad del ahora. Esto no es complicado, sino que es lógico. Si ahora no cambian, es decir, en este instante, el futuro será lo que son ahora, lo que han sido. Y bien, ¿es posible cambiar radical, fundamentalmente ahora? No en el futuro.

Somos el pasado. No hay duda de eso. Y el pasado se modifica de diferentes maneras a través de reacciones y retos, y esa modificación se convierte en el futuro. Este país ha tenido una civilización durante tres o cuatro mil años; eso es el pasado. Pero las circunstancias modernas requieren romper con ese pasado y dejar esa cultura. Pueden hablar de la cultura pasada y disfrutar de su fama, pero ese pasado se ha esfumado, ha sido anulado por las necesidades y los retos del presente. Y éstos cambian hacia una entidad económica.

El pasado y el futuro están en el ahora. Cualquier tiempo está en el ahora. Y estamos diciendo que el pensamiento y el tiempo son las mayores causas de fragmentación en los seres humanos. De forma similar, queremos tener raíces e identificarnos con un grupo, con un gurú, con una familia, con una nación, etcétera. Y la amenaza de guerra es el mayor factor en nuestras vidas. La guerra puede destruir nuestras raíces psicológicas, y por ello estamos dispuestos a matar a los demás. Éstos son los mayores factores de nuestras vidas fragmentadas.

Ahora bien, ¿escuchan esa verdad o meramente discrepan de lo que se está diciendo y, por tanto, se quedan con la descripción y no con la verdad, con la idea y no con el hecho? Por ejemplo, quien les habla dice: «Cualquier tiempo está en el ahora». Si lo comprenden, es la verdad más maravillosa. ¿Lo escuchan como una serie de palabras, como una idea, como una abstracción de la verdad, o lo captan como la verdad que es? ¿Qué hacen? ¿Lo ven, viven con ese hecho? ¿O hacen de ese hecho una abstracción, una idea, y se interesan por ella y no por el hecho en sí? Así actúan los intelectuales. El intelecto es, de todas maneras, necesario, y seguramente tenemos muy poco intelecto porque dependemos de otros. Cuando escuchan una afirmación como: «Cualquier tiempo está en el ahora», o «Usted es la humanidad entera, porque su conciencia es una con todas las demás», ¿cómo lo escuchan? ¿Hacen de ello una abstracción, una idea? ¿O escuchan esa verdad, ese hecho, esa profundidad y

sensación de inmensidad que envuelve? Las ideas no son una inmensidad; sin embargo, el hecho tiene enormes posibilidades.

Así, pues, donde hay tiempo, pensamiento, deseo de identificación y de tener raíces, no puede haber una vida holística. Todo eso impide vivir de manera total, completa. Al escuchar esta afirmación, seguidamente su pregunta debe ser: «¿Cómo detener el pensamiento?». Es una pregunta natural, ¿verdad? Sabemos que el tiempo es necesario para aprender una habilidad, un idioma o un tema técnico. Pero, a la vez, han empezado a darse cuenta de que el hecho de «llegar a ser», el movimiento de «lo que es» a «lo que debería ser» implica tiempo, y que eso puede ser totalmente erróneo, que puede que no sea una verdad. Así que empiezan a cuestionarse cosas. ¿O simplemente dicen: «No entiendo lo que usted dice, prefiero seguir por mi cuenta»? Eso es lo que, de hecho, sucede. La honestidad, al igual que la humildad, es una de las cosas más importantes. Cuando un hombre frívolo cultiva la humildad, ésta es parte de su frivolidad. Porque la humildad no tiene nada que ver con la frivolidad, con el orgullo. Es un estado de la mente que dice: «No sé lo que soy, voy a averiguarlo»; nunca dice: «Ya lo sé».

Y bien, han escuchado el hecho de que todo el tiempo está en el ahora. Pueden estar de acuerdo o no. Y estar de acuerdo o en desacuerdo es algo terrible. ¿Por qué deberíamos estar de acuerdo o en desacuerdo? Por ejemplo, no hace falta que estén de acuerdo o en des-

acuerdo con la afirmación que dice que el Sol sale por el este. En consecuencia, ¿podemos dejar a un lado nuestro condicionamiento de estar de acuerdo o en desacuerdo, de modo que ambos podamos mirar los hechos, que no haya división entre los que están de acuerdo y aquellos que no lo están, para que sólo entonces podamos ver las cosas tal como son? Puede decir: «No lo veo», pero eso es algo asunto diferente. En ese caso podemos investigar por qué no lo ve. Pero si entramos en el área de estar de acuerdo o no, nos confundiremos más y más.

Quien les habla dice que vivimos vidas fragmentadas, que nuestra forma de pensar está fragmentada. Alguien, un hombre de negocios, gana mucho dinero y, a partir de ahí, construye un templo o hace obras de caridad; observen qué contradicción. Nunca somos realmente sinceros con nosotros mismos, no sinceros en el sentido de ser algo más o de comprender algo más, sino más bien, ser claros y tener esa sensación de absoluta sinceridad significa no atesorar ilusiones. Si dice una mentira, sabe que la ha dicho y lo acepta: «He dicho una mentira»; no necesita encubrirla. Si se enoja, está enojado y dice que lo está; no hace falta que busque las causas, ni que dé explicaciones o trate de liberarse de ello. Todo ello es absolutamente necesario si quieren investigar las cosas en más profundidad, tal como estamos haciendo ahora. No conviertan un hecho en una idea, sino más bien permanezcan con el hecho, lo cual requiere percibir con mucha claridad.

Después de escuchar todo esto, di: «Sí, lo entiendo lógica e intelectualmente». Y pregunta: «¿Cómo relaciono lo que he entendido lógica e intelectualmente con lo que he escuchado? ¿Cuál es la verdad?». Así, ya ha creado una división entre el entendimiento intelectual y la acción. ¿Se da cuenta de ello? Escuche, tan *sólo* escuche. No haga nada al respecto. No pregunte: «¿Cómo puedo conseguir algo? ¿Cómo puedo terminar con el pensamiento y el tiempo?». No puede hacerlo. Sería absurdo, porque usted es el resultado del tiempo, del pensamiento, y lo único que haría sería dar vueltas en un mismo círculo. Escuche, no reaccione, no pregunte cómo, tan sólo limítese a escuchar (como escucharía una hermosa música o el canto de un pájaro) esa afirmación de que cualquier tiempo está contenido en el ahora, y que el pensamiento es un movimiento. El pensamiento y el tiempo van unidos; no son dos movimientos independientes, sino que son un único y constante movimiento. Eso es un hecho. Escúchelo.

Es evidente que quieren identificarse, y ésa es una de las causas de la fragmentación en nuestras vidas, igual que el tiempo y el pensamiento. Asimismo, quieren estar seguros y por eso se apegan. Éstos son los factores de la fragmentación. Escúchenlo; no *hagan* nada. Ahora bien, si escuchan con mucho detenimiento, ese mismo escuchar crea su propia energía. Si escuchan el hecho de lo que se está diciendo y no reaccionan (porque tan sólo lo escuchan), eso significa que reúnen toda su energía para

escuchar; significa prestar enorme atención al escuchar. Y eso mismo elimina los factores o las causas de la fragmentación. Si *hacen* algo al respecto, entonces actuarán sobre ello. Sin embargo, si observan sin distorsión, sin prejuicios, entonces esa observación misma, esa percepción, que es enorme atención, elimina la sensación de tiempo, de pensamiento, etcétera.

Otro de los factores que hace que vivamos nuestras vidas de forma fragmentaria es el miedo. Ése es un hecho común a todos los seres humanos. Y éstos, desde el principio de los tiempos, han tenido miedo, y nunca han solucionado ese problema. Si realmente no tuvieran miedo, no existirían los dioses, los rituales ni las oraciones. Ese miedo ha creado todos los dioses, todas las deidades y los gurús con sus absurdidades. Así pues, ¿podemos analizar la cuestión de por qué los seres humanos viven con miedo, y si es posible liberarse totalmente del miedo, y no tan sólo ocasional y esporádicamente? ¿Es posible darse cuenta de los objetos del miedo y también de las causas internas del mismo? Puede que diga: «No tengo miedo», pero su interior tiene el miedo como base.

¿Qué es el miedo? ¿No tiene miedo? Si de verdad es sincero, para variar, por qué no decir: «Tengo miedo». Tengo miedo de la muerte, de perder mi empleo, de mi esposa o de mi esposo, de la opinión pública, de que mi gurú no me reconozca como un gran discípulo, de la oscuridad, o de muchas otras cosas. No estamos hablando de los objetos del miedo, del miedo a algo. Estamos

investigando el miedo *per se*, en sí mismo. Así, preguntamos: ¿cuál es la causa del miedo y qué es el miedo sin una causa? ¿Existe tal cosa como el miedo si no existe una causa? ¿O la palabra *miedo*, el sonido del miedo nos hace sentir miedo? Por ejemplo, si son capitalistas o incluso socialistas, cuando escuchan la palabra *comunismo*, reaccionan de determinado modo. Y cuando escuchan el término *miedo* también reaccionan, ¿verdad? Claro que lo hacen. Ahora bien, ¿es la palabra la que crea el miedo o la palabra es diferente del miedo? ¿Es la palabra *miedo* diferente del hecho, o el término crea el hecho? Uno debe tener eso claro. Si no existiera una palabra como *miedo*, ¿tendríamos miedo? La palabra *amor* no es esa llama intensa. De igual manera, puede que la palabra *miedo* no sea el miedo, esa sensación de parálisis, de vivir en un estado de nervios. Ya saben lo que produce el miedo en las personas; viven en la oscuridad, siempre están temerosas, asustadas, y sus vidas son terribles. Sin embargo, la palabra no es el hecho, no es la cosa. Esto debe quedar muy claro. Y bien, ¿cuál es la causa del miedo?

Quien les habla ha preguntado cuál era la causa del miedo. Pero, ¿cómo escuchan esta pregunta? Tiene su propia vitalidad, su propia energía. Es una pregunta muy importante, y no meramente intelectual. Si se quedan con la pregunta y no tratan de encontrar la respuesta, empieza a desplegarse la misma cuestión. Supongamos que con toda seriedad les digo: «Les amo». Lo digo con el corazón. ¿Cómo lo escuchan? ¿Lo escuchan o surgen

reacciones? Tal vez nunca hayan amado de verdad. Puede que estén casados, tengan sexo e hijos, y no sepan qué es el amor. Seguramente no lo sabrán, lo que puede ser un hecho, porque si amaran no crearían imágenes ni divisiones. Y bien, ¿cuál es la causa del miedo? Escuchen, porque intentaré sugerirlo de una manera respetuosa. Háganse esa pregunta y no traten de responderla, porque si tratan de encontrar una respuesta (de averiguar la causa para luego eliminarla), significará que «ustedes» son diferentes del miedo. Pero ¿son diferentes o *son* el miedo? Si son codiciosos, ¿es la codicia diferente de ustedes? Si están enojados, ¿es el enfado diferente de ustedes? Ustedes *son* el enojo, *son* la codicia, *son* el miedo. Claro que lo son. ¿Pueden ver el hecho de que ustedes son el enojo, la codicia y el miedo? Al separarse del miedo dicen: «Debo hacer algo con el miedo». Pero ya llevan haciendo algo con el miedo cincuenta mil años; ya han inventado dioses, pujas, etcétera.

Escuchen la pregunta y no reaccionen, no pregunten cómo. La palabra *cómo* debe desaparecer por completo de sus mentes. De lo contrario, siempre pedirán ayuda, y siempre dependerán de otros. Perderán toda su vitalidad, su independencia y su sentido de estabilidad. ¿Se harán esa pregunta sin esperar una respuesta? Hágansela. Si uno planta una semilla en la tierra y está viva, crecerá a través del hormigón. ¡Han visto cómo las briznas de hierba se abren paso a través del pesado cemento! De la misma manera, si se hacen esa pregunta y la retienen,

descubrirán la causa. Y es muy simple. Puedo explicarla, pero por el momento ése no es el tema principal. Lo importante es hacerse la pregunta, porque son personas serias y quieren descubrirlo. Permitan que la misma pregunta responda, igual que la semilla en la tierra. En ese caso verán que la semilla florece y se marchita. No la desentierren continuamente para ver si crece. Al igual que plantan una semilla en la tierra, nosotros hacemos lo mismo con la sensación de miedo en nuestros corazones y en nuestras mentes. Si dejamos la pregunta sola y vivimos con ella, entonces veremos la causa del miedo, no la palabra, no la explicación, sino la verdad de ello. La causa del miedo es el pensamiento y el tiempo: «Tengo un empleo y mañana puedo perderlo». «He padecido un dolor y ahora no lo tengo, pero puede que vuelva mañana». ¿No lo conocen?

Como ya se ha dicho, el tiempo es el pasado y el futuro. El pensamiento y el tiempo son los dos factores del miedo. No pueden hacer nada al respecto. No pregunten cómo se puede detener el pensamiento, ya que es una pregunta absurda. Necesitan pensar para regresar a su casa, para conducir un automóvil, para hablar un idioma, pero puede que el tiempo no sea realmente necesario en lo psicológico, en lo interno. Se dice que el miedo existe debido a dos grandes factores, que son el tiempo y el pensamiento, lo que implica la recompensa y el castigo.

Y bien, he escuchado su afirmación. Y la he escuchado muy bien, porque ése es un enorme problema que

el ser humano no ha resuelto y, por tanto, está creando estragos en el mundo. Usted también me ha dicho: «No haga nada al respecto; formúlese la pregunta y viva con ella», igual que una mujer lleva la semilla en sus entrañas. Formúlese esa pregunta y permita que florezca. Cuando lo haga, la misma pregunta se marchitará. No se trata de que primero florezca y luego se marchite, sino que en el mismo florecer está el marchitarse. ¿Entienden de lo que hablamos?

Señores, aprendan el arte de escuchar. Sepan escuchar a su esposa o a su esposo. Escuchen al hombre de la calle: su hambre, su pobreza, su desesperación y su falta de amor. Escúchenlo. Cuando lo hacen, no existen los problemas, no hay confusión. Únicamente están *escuchando* y, por consiguiente, en el acto de escuchar, el tiempo desaparece.

3 de febrero de 1985

Tercera charla pública

El sufrimiento es parte de su interés propio, de su actividad egotista y egocéntrica

La semana pasada hablamos de la vida holística (una manera de vivir sin fragmentación, sin divisiones, todo lo contrario de nuestras vidas). Analizamos esa cuestión con bastante profundidad. Vimos que las causas de la fragmentación son los diferentes factores de nuestra vida social, moral y religiosa que nos dividen en hindúes, musulmanes, cristianos, budistas, etcétera. Las religiones son las máximas responsables de esta catástrofe. También hablamos del tiempo (el pasado con todos sus recuerdos, la acumulación de experiencias, etcétera). Dijimos que el tiempo se modifica en el presente y sigue hacia el futuro. Así es nuestra vida. Según los biólogos y los arqueólogos, llevamos más de tres millones y medio de años viviendo en la Tierra. Durante este largo período llamado «evolución», hemos acumulado mucha memoria. También hablamos de la limitación de la memoria y del pensamien-

to, y de cómo esa limitación divide el mundo geográfica, nacional y religiosamente.

Como dijimos el otro día, esto no es una conferencia para instruirles. Así, no están escuchando una serie de ideas o conclusiones; más bien, ustedes y quien les habla están haciendo un viaje juntos, como dos amigos que hablan no sólo de sus problemas familiares, sino también de los del mundo. Tanto es su responsabilidad escuchar con detenimiento, como lo es de quien les habla exponer las cosas con claridad, de manera que ambos entendamos lo que se dice. Así que juntos vamos a hablar del orden y del desorden, del placer, del amor, del sufrimiento y de la muerte. Todos ellos son problemas complicados que debemos afrontar en nuestra vida diaria, tanto los ricos como los pobres. Todos debemos afrontar ese problema de la existencia.

Nuestras vidas, nuestra vida cotidiana está en desorden. Eso significa una contradicción: decir una cosa y hacer otra, creer en algo y actuar de manera totalmente diferente a como lo haríamos. Esa contradicción genera desorden. Me pregunto si todos nos damos cuenta de ese problema. Según parece, cada vez hay más y más desorden en el mundo, debido a los malos gobiernos, a la economía y a las condiciones sociales. Siempre está presente la amenaza de la guerra, que cada vez parece más inminente, más y más apremiante, y los gobiernos de todo el mundo, incluso de las naciones más pequeñas, están comprando armamento. En todo el mundo hay un

enorme desorden, y nuestras vidas diarias también beben de esta fuente, aunque constantemente tratemos de conseguir orden. Queremos orden, porque sin él, los seres humanos, sin lugar a dudas, se destruirán entre ellos.

Espero que compartamos este tema, que pensemos, observemos y escuchemos juntos, para tener un diálogo en el cual puedan participar. No se trata de acumular unas pocas ideas o conclusiones, sino que juntos debemos averiguar por qué vivimos en desorden, y si puede haber un orden completo en nuestras vidas y, por tanto, en la sociedad.

Nosotros hemos creado la sociedad con nuestra codicia, nuestra ambición, nuestra envidia y con nuestro concepto de libertad individual. Esa sensación de individualidad ha generado enorme desorden. Por favor, no estamos acusando a nadie; tan sólo observamos lo que sucede en el mundo. En nuestras vidas, tal como vivimos después de estos millones de años, sigue habiendo desorden, a pesar de que siempre buscamos orden, porque sin orden no es posible funcionar con libertad y de manera holística. Así pues, debemos descubrir qué es el orden, no como un proyecto, no como algo que debemos enmarcar y luego seguir. El orden es algo muy activo, muy vivo; no se adapta a ningún modelo, ya sea idealista, histórico, conclusiones dialécticas o imposiciones religiosas. Las religiones de todo el mundo se apoyan en ciertas leyes, imposiciones y preceptos, pero los seres humanos no los siguen de ninguna manera. De modo que

vamos a descartar todas estas conclusiones ideológicas y creencias religiosas, que nada tienen que ver con nuestra existencia cotidiana. Ya hemos aceptado y seguido leyes impuestas por las religiones, pero sólo han generado más fanatismo, etcétera.

¿Qué es el orden? ¿Es posible descubrir qué es el orden cuando nuestros cerebros están confundidos y en desorden? Por eso debemos saber qué es el desorden y no qué es el orden, porque cuando no hay desorden, de forma natural aparece el orden. ¿Están de acuerdo? Una de las causas del desorden, tal vez la mayor causa, sea el conflicto. Si hay conflicto (no sólo entre hombre y mujer, sino también entre naciones, religiones, creencias y fes) debe haber desorden.

Otra gran causa del desorden es ese concepto, esa ilusión de que todos somos individuos. Como dijimos en charlas anteriores, deben cuestionar, poner en duda lo que dice quien les habla. No acepten nada de nadie; en cambio, deben cuestionar, investigar y no oponer resistencia. Si meramente resisten lo que se dice, que puede ser verdad o no, entonces nuestro diálogo termina. Cuando dos personas hablan de sus problemas, y una de ellas opone resistencia, la conversación termina. Como decíamos, debemos estudiar la cuestión de si vivimos en esa ilusión de que somos individuos separados. La teoría comunista, como tal vez sabe la mayoría, dice que somos el resultado de nuestro entorno y, en consecuencia, si cambiamos nuestro entorno, también cambiaremos los

seres humanos. Eso es totalmente absurdo, como queda patente cuando se observa la Rusia totalitaria. El dominio de unos pocos y el control del pensamiento, entre otras cosas, no ha puesto fin a la individualidad como se esperaba, sino todo lo contrario. De modo que una de las mayores causas del desorden en nuestras vidas se debe a que cada uno cree que ser libre, cada uno piensa en su propia realización, en sus deseos, en sus ambiciones, en sus placeres particulares. Descubramos si la individualidad es un hecho o es una ilusión largamente establecida y respetada. ¿Podemos investigarlo juntos sin aceptarlo o negarlo? Es una tontería decir: «Estoy de acuerdo con usted», o «No estoy de acuerdo». No están de «acuerdo» o en «desacuerdo» con la salida y la puesta del sol; es un hecho. Nunca dicen: «Estoy de acuerdo en que el Sol salga por el este». Así pues, ¿podemos dejar de lado ese concepto de estar de acuerdo o en desacuerdo, e investigar sin preferencias, sin resistencias, si existe realmente la individualidad o si existe algo totalmente diferente?

Nuestra conciencia es el resultado de un millón de años o más. Contiene toda la esencia animal y primitiva, puesto que venimos del animal, de la naturaleza. Vemos que en lo profundo de nuestras conciencias todavía hay fuertes respuestas animales: están los miedos y el deseo de seguridad. Todo ello forma parte de nuestra conciencia. Nuestras conciencias también contienen innumerables creencias, fes, reacciones, acciones, diferentes recuerdos, miedos, placeres, sufrimientos y esa búsqueda de seguri-

dad total. Eso es todo lo que somos. Podemos pensar que tenemos una parte divina, pero eso sólo forma parte de nuestro pensar. Creemos que toda esa conciencia pertenece a cada uno de nosotros, ¿verdad? El cristianismo, el hinduismo y las demás religiones mantienen que somos almas separadas.

Ahora bien, nosotros lo cuestionamos. ¿No comparte usted el sufrimiento con el resto de los seres humanos? Los hombres de todo el mundo tienen diferentes clases de miedo y de placeres. Ellos sufren y ustedes también lo hacen. Ellos rezan y hacen toda clase de absurdas ceremonias, igual que ustedes; y buscan estímulos y sensaciones a través de ceremonias, igual que ustedes. De modo que compartimos la conciencia con toda la humanidad; uno es la humanidad entera. Primero, vea la lógica de todo ello. Cualquier ser humano sufre en la Tierra, con independencia de su religión o creencia. Todo ser humano sufre, en lo profundo o superficialmente, y trata de escapar de ese sufrimiento. Pero esa conciencia, que consideramos «mía», que es «nuestra conciencia personal», no es un hecho, porque todos los seres humanos que vivimos en esta maravillosa y hermosa Tierra (que poco a poco destruimos) pasamos por los mismos problemas: dolor, ansiedad, soledad, desesperación, lágrimas, risas, contradicciones, el conflicto entre el hombre y la mujer, entre el esposo y la esposa. Y bien, si tenemos esa conciencia, ¿somos individuos? Porque usted es eso, su conciencia. No importa lo que piense o imagine, sus tendencias, sus

aptitudes, su talento y sus dones, ya que todo ello es compartido por el resto de seres humanos, que son exactamente como usted o semejantes. Ése es un hecho lógico. Y la lógica tiene su lugar. Uno debe pensar con claridad, con lógica, con cordura, razonando. Pero la lógica se basa en el pensamiento. Por más lógico que pueda ser, el pensamiento es limitado; aunque éste puede razonar, es limitado. Por eso uno debe ir más allá del pensamiento, más allá de los límites del razonamiento y de la lógica.

Uno es la humanidad entera; no somos individuos. Escuchen esta afirmación: ustedes son la humanidad entera; son la humanidad, no son indios ni todas esas divisiones absurdas. Al escuchar una afirmación como esta, ¿la convierten en una abstracción? Es decir, ¿convierten ese hecho en una idea? El hecho es una cosa y la idea acerca del hecho es otra. El hecho es que ustedes creen que son individuos. Sus religiones, sus vidas cotidianas, su condicionamiento les hace creer que son individuos. Y si alguien como el orador les dice: «Analícenlo con cuidado, ¿están seguros de que es así?». Al principio se resisten y responden: «¿Qué está diciendo?». Lo descartan. Pero si escuchan detenidamente, entonces acabamos compartiendo esa afirmación de que son la humanidad entera. ¿Cómo escuchan esa afirmación, cómo escuchan su sonido? ¿La convierten en una idea alejada del hecho y luego persiguen esa idea?

Al escuchar la afirmación de que su conciencia, con todas sus reacciones y acciones, es compartida por toda

la humanidad, porque cada ser humano pasa por la desesperación, la sensación de soledad, el sufrimiento y el dolor, igual que usted, ¿cómo escucha esa afirmación? ¿La rechaza o la examina? ¿La analiza o tan sólo dice: «Qué tontería»? ¿Qué está haciendo, no mañana sino ahora? ¿Cuál es su reacción? Puede escuchar su profundidad, su sonido, su belleza, su inmensidad, su tremenda responsabilidad, o tratarla de forma superficial, verbal, diciendo: «Sí, la entiendo intelectualmente». El entendimiento intelectual tiene muy poco significado. Debe estar en su sangre, en sus entrañas, y de ahí surge una cualidad diferente en el cerebro, una cualidad holística, no fragmentada. La fragmentación es la que crea el desorden. Nosotros, como individuos, hemos fragmentado la conciencia humana y, por tanto, vivimos en desorden.

Darse cuenta de que somos la humanidad entera es amor. Entonces no matará a nadie, no hará daño a nadie. Se alejará de cualquier agresión, de la violencia y de la crueldad de las religiones. Nuestra conciencia es una con la humanidad. No ven la belleza, la inmensidad de ello. Regresarán a sus propios patrones, pensando que todos somos individuos; lucharán, se esforzarán, competirán, cada uno tratando de llenar su propio pequeño y detestable ego. Sí, señor, eso no significa nada para usted, porque regresará a su manera de vivir. De modo que es preferible que no escuche nada de todo esto. Si escucha una verdad y no actúa, esa verdad se convierte en veneno. Por eso nuestras vidas son muy opacas y superficiales.

También debemos hablar juntos de por qué el hombre busca siempre el placer: de poseer, de lograr, de poder, de tener un estatus. Está el placer sexual, que se mantiene con el incesante pensamiento centrado en el sexo, al imaginar, al crear representaciones e imágenes, es decir, el pensamiento estimula el placer, y las sensaciones se convierten en placer. Así pues, debemos comprender qué es el placer y por qué lo buscamos. No decimos que sea bueno o malo. No estamos condenando el placer, de la misma manera que no hacemos lo mismo con el deseo. El deseo es parte del placer. Realizar un deseo es la misma naturaleza del placer. El deseo puede ser la causa del desorden, cada uno queriendo realizar su propio y particular deseo.

Así que juntos vamos a estudiar si el deseo es una de las mayores causas del desorden; debemos explorar el deseo, no condenarlo, no escapar de él, ni tratar de reprimirlo. Casi todas las religiones dicen: «Reprima el deseo», lo cual es absurdo. Veámoslo, ¿qué es el deseo? Háganse esa pregunta. Seguramente muchos de nosotros nunca nos lo hemos cuestionado. Lo aceptamos como parte de la vida, como un instinto natural del hombre o de la mujer y, en consecuencia, decimos: «¿Por qué debemos preocuparnos?». Hay personas que renuncian al mundo, que ingresan en un monasterio, y tratan así de reprimir sus deseos adorando a un símbolo o una persona. Tengan presente que no estamos condenando el deseo. Tratamos de descubrir qué es y por qué

el hombre lleva millones de años atrapado no sólo en el deseo físico, sino también en el psicológico, en la red de los deseos.

¿Están investigando con quien les habla, o sólo le escuchan mientras él analiza y lo explica? Como saben, es muy fácil quedar atrapado en las explicaciones, en las descripciones, y satisfacerse con comentarios, descripciones y explicaciones. Pero aquí no vamos a hacer nada de todo eso. Tengo que explicarlo, describirlo, señalarlo, pero en ese esquema de palabras, ustedes tienen que investigar, y no sólo decir: «Sí, estoy de acuerdo o no estoy de acuerdo». Deben descubrir la naturaleza del deseo, cómo se forma, cómo se genera y cuál es su origen.

El orador describe, no analiza. Hay una diferencia entre analizar y percibir. Analizar implica un analizador y la cosa que se estudia. El analizador es diferente de lo analizado. Ahora bien, ¿son verdaderamente distintos? Supongamos que soy el analizador y analizo que soy envidioso. Empiezo a estudiar por qué lo soy, partiendo de que soy diferente de la envidia. Sin embargo, la envidia soy *yo*; no es algo independiente de mi persona. La codicia, la competitividad, la comparación, todo eso soy yo. De modo que no estamos analizando; estamos mirando, escuchando y aprendiendo. Aprender no consiste meramente en acumular memoria. Ésta es necesaria, pero aprender es del todo diferente. No es un proceso acumulativo. En el proceso de aprender uno se mueve, no acumula ni registra.

Estamos observando el deseo, su origen, y por qué siempre los seres humanos están atrapados en el deseo. Si tiene un poco de dinero quiere más; si tiene un poco de poder quiere más. Y el poder en todas sus formas, ya sea sobre su esposa o sus hijos, político o religioso, es una cosa abominable. Es maligno, porque no tiene nada que ver con la verdad. Así, ¿cuál es el origen del deseo? Vivimos de sensaciones; si no las tuviéramos, ya sean éstas biológicas y psicológicas, seríamos seres humanos muertos; ¿no es cierto? El graznido de un cuervo actúa sobre el tímpano y los nervios, y ese sonido se traduce como el grito del cuervo. Eso es una sensación. La sensación surge de escuchar o de ver, y luego viene el contacto. Ve un jardín muy bien cuidado: tiene un color verde intenso, perfecto, no tiene malas hierbas. Es hermoso de contemplar. Primero lo ve, entonces, si es sensible, se acerca y toca el césped. Es decir, primero ve, después hay un contacto, y luego se produce la sensación.

Vivimos de sensaciones; son necesarias. Si uno no es sensible está embotado, está medio muerto, como la mayoría de las personas. Tomemos un ejemplo simple. Observa un hermoso sari o una camisa en una tienda. La ve. Entra en la tienda y la toca; al tocarla surge una sensación y dice: «¡Dios mío, qué textura tan hermosa!». ¿Qué sucede más tarde? ¿Esperan que yo lo diga? Por favor, escuchen. Si lo ven por sí mismos, si nadie se lo dice, entonces se convierten en el maestro y el discípulo. Pero si repiten, repiten y repiten lo que otro dice, incluido el

orador, seguirán siendo mediocres, irreflexivos y repetitivos. Así que profundicemos.

Ven un hermoso automóvil, tocan el abrillantado, su forma y su perfil. De ahí surge una sensación. Más tarde, interviene el pensamiento y dice: «¡Qué fantástico sería tenerlo, qué bonito sería conducirlo!». ¿Qué ha sucedido? El pensamiento ha intervenido y ha dado forma a la sensación, ha añadido a la sensación la imagen de uno mismo sentado en el automóvil conduciéndolo. En ese momento, en ese segundo, cuando el pensamiento crea la imagen de uno mismo sentado en el automóvil, surge el deseo. Éste aparece cuando el pensamiento le da forma, cuando crea una imagen de la sensación. Ahora bien, esta última es una expresión de la existencia, es parte de la vida. Pero han aprendido a reprimir, a dominar o a vivir con el deseo y todos sus problemas. Entonces, si comprenden eso, no intelectualmente sino de verdad, si entienden que el pensamiento da forma a la sensación, y un segundo después surge el deseo, la pregunta siguiente es: ¿podemos ver y tocar el automóvil, lo cual es una sensación, pero no permitir que el pensamiento cree una imagen? Se trata de mantener un intervalo.

Pero también se debe averiguar qué es la disciplina, ya que está relacionada con el deseo. La palabra *disciplina* procede del término *discípulo* cuyo significado etimológico es «aquel que aprende». Un discípulo es aquel que aprende (aprender, no conformarse, no controlar, no reprimir, no obedecer, no seguir, sino todo lo contrario,

aprender a través de la observación). Así, estamos aprendiendo del deseo. Aprender no es memorizar. La mayoría están entrenados, en especial si pertenecen al ejército, a disciplinarse según un patrón, a copiar, a seguir, a obedecer. Lo hacen con la esperanza de que la disciplina traiga consigo orden. Pero si uno aprende, entonces ese mismo aprender tiene su propio orden; no hace falta imponer un orden mediante una ley o cualquier otra cosa. Aprender, descubrir si es posible que la sensación florezca sin permitir que el pensamiento interfiera, mantener la sensación y el pensamiento separados. ¿Lo harán? Si lo hacen, verán, descubrirán que el deseo tiene su lugar. Y cuando se comprende la naturaleza del deseo, el conflicto cesa.

También debemos hablar del amor, del sufrimiento y de la muerte. Todo esto es muy serio porque afecta a su vida diaria. No se trata de un juego intelectual, puesto que afecta a su vida; no a la de otros, sino a la manera en que vive tras millones de años. Obsérvenlo. Todo esto ha creado grandes estragos en el mundo. Todos quieren una posición destacada, lograr algo, ser algo. Y si observamos, vemos que hay un enorme sufrimiento. Cada ser humano en el mundo, tanto si ocupa una posición destacada como si es un simple aldeano ignorante, pasa por ese enorme sufrimiento. Puede que no reconozca la naturaleza, la belleza y la fuerza del sufrimiento, pero pasa por ese dolor igual que lo hace usted. Los seres humanos han padecido el sufrimiento durante millones de años, y no han solucionado este problema, sino todo

lo contrario, porque tratan de escapar de él. Pero, ¿cuál es la relación entre el sufrimiento, el amor y la muerte? ¿Es posible poner fin al sufrimiento? Ésa es una de las preguntas que la humanidad se ha formulado durante un millón de años. ¿Es posible terminar con el dolor, la ansiedad, la pena y el sufrimiento?

El sufrimiento no sólo es el particular, sino que también se incluye el de la humanidad. Históricamente, ha habido cinco mil años de guerras. Eso significa que cada año muchas personas matan a otras para garantizar la seguridad de su tribu, su religión, su nación, su comunidad y su protección individual, entre otras cosas. ¿Se dan cuenta de lo que hacen las guerras, de los estragos que generan? ¿Cuántos millones han llorado, cuántos millones han sido heridos, han perdido brazos, piernas, ojos, e incluso sus rostros? Ustedes no saben nada de todo esto. Bien, ¿es posible poner fin al sufrimiento y todo el dolor que conlleva? ¿Qué es el sufrimiento? ¿No saben qué es? ¿Les da vergüenza reconocerlo? Cuando su hijo, su hija u otro que cree amar se marcha, ¿no ha derramado lágrimas? ¿No ha sentido una terrible soledad al perder a un compañero para siempre? No se habla de la muerte, sino de esa cosa inmensa que el hombre padece sin encontrar nunca una solución.

Si el sufrimiento no cesa, no hay amor. El sufrimiento es parte de nuestro interés propio, de nuestro egoísmo, de nuestra actividad egocéntrica. Posiblemente llora por alguien, por su hijo, por su hermano, por su madre,

¿por qué? Porque ha perdido a alguien a quien estaba unido, a alguien que le ofrecía compañía y comodidad, entre otras cosas. Al perder a esa persona se da cuenta de lo muy vacía, de lo muy solitaria que es su vida. Entonces llora. Y aparecen muchas otras personas dispuestas a consolarle, y usted cae con mucha facilidad en esa trampa de la comodidad. Está la comodidad de Dios, que es una imagen creada por el pensamiento, o la de alguna idea o concepto ilusorio. Eso es todo lo que queremos. Nunca cuestionamos esa urgencia, ese deseo de comodidad. Nunca cuestionamos si realmente existe la comodidad. Uno necesita tener una cama o una silla confortable, lo que está bien. Pero nunca nos cuestionamos si existe realmente la comodidad psicológica, interna. ¿Acaso esa comodidad no es una ilusión que han convertido en su verdad?

Uno puede convertir una ilusión en su verdad (la de que uno es Dios, de que Dios existe). A ese dios lo ha creado el pensamiento, el miedo. Si no tuviera miedo, no habría ningún dios. Dios es una invención que nace del miedo, de la soledad, de la desesperación y de la búsqueda de una comodidad duradera del hombre. Nunca nos cuestionamos si existe esa satisfacción profunda y duradera. Todos quieren sentirse satisfechos, no sólo con la comida, sino también sexualmente, o consiguiendo alguna posición de autoridad y obteniendo comodidad de esa posición. Cuestionémonos si realmente existe alguna clase de confort, si existe algo que sea gratificante desde

en el momento en que nacemos hasta que morimos. No me escuchen sólo a mí; investiguen, pongan su energía, su pensamiento, su sangre y su corazón en descubrirlo. Si no tuvieran ilusiones, ¿existiría el confort? Si no tuvieran miedo, ¿necesitarían la comodidad? Hay que tener en cuenta que es otra clase de placer.

Éste es un problema muy complejo de nuestra vida (por qué somos tan superficiales, banales, llenos del conocimiento de otras personas y de libros; por qué no somos independientes, seres humanos libres para descubrir; por qué somos esclavos). No se trata de preguntas retóricas, sino de cuestiones que cada uno debe hacerse. En el mismo preguntar y dudar, llega la libertad. Sin ella, la verdad no tiene ningún sentido.

Mañana analizaremos la cuestión de qué es una vida religiosa, y si existe algo totalmente sagrado, santo, algo que no haya sido inventado por el pensamiento.

9 de febrero de 1985

Cuarta charla pública

¿Existe una meditación que no sea producto del pensamiento?

Ayer por la tarde hablamos del sufrimiento y de acabar con él. La eliminación del sufrimiento trae consigo pasión. En realidad, muy pocos entienden o profundizan en la cuestión del sufrimiento. ¿Es posible terminar con él? Ésta ha sido una pregunta que todos los seres humanos se han formulado, tal vez, no del todo conscientemente; pero en lo profundo han querido descubrir, igual que todos nosotros, si se puede acabar con el sufrimiento, el dolor y la pena humanos. Porque de lo contrario no habrá amor. Cuando hay sufrimiento, se produce un tremendo choque en el sistema nervioso, como si se tratara de un golpe en el ser físico y psicológico. Por lo general, tratamos de escapar del sufrimiento a través de las drogas, del alcohol, de alguna clase de religión. O bien nos volvemos cínicos y aceptamos las cosas como inevitables.

¿Podemos investigar profunda y seriamente esta cuestión? ¿Es posible no escapar del sufrimiento? Quizá mi hijo muera y eso me produzca un enorme sufrimiento, un choque, para descubrir que en realidad me siento muy solo. No puedo afrontarlo, no puedo tolerarlo, y por eso escapo. Existen muchas formas de escape: el mundano, el religioso o el filosófico. El escape es una pérdida de energía. No se trata de escapar de ninguna clase de agonía, del dolor de sentirse solo, de la pena o de un choque, sino de permanecer completamente con el suceso, con esa cosa que llamamos «sufrimiento». ¿Es eso posible? ¿Podemos afrontar cualquier problema y no tratar de resolverlo, sino intentar mirarlo como si sostuviéramos una joya preciosa, exquisita? La belleza de la joya es, en sí misma, muy atractiva, tan agradable que no levantamos la mirada. De la misma manera, si podemos mantenernos con nuestro sufrimiento, sin permitir ningún movimiento del pensamiento o escape, entonces esa misma acción de no alejarse del hecho produce la completa liberación de eso que causa el sufrimiento. Lo analizaremos más adelante.

También debemos considerar qué es la belleza, puesto que es muy importante, y no me refiero a la belleza de una persona o a las maravillosas pinturas y estatuas de los museos, ni a los esfuerzos del hombre antiguo para expresar sus sentimientos en las piedras, en las pinturas o en los poemas. Debemos preguntarnos qué es la belleza. Puede que ésta sea la verdad, tal vez sea el amor. Si no

comprendemos la naturaleza y la profundidad de esa extraordinaria palabra, nunca seremos capaces de dar con aquello que es sagrado. Debemos estudiar atentamente la belleza.

Cuando ve algo muy hermoso, como una montaña nevada que contrasta con el cielo azul, ¿qué sucede en realidad? Cuando ve algo muy vivo, hermoso, majestuoso, por un instante, por un segundo, la majestuosidad y la inmensidad de la montaña hace que nos olvidemos de todo interés propio, de todos los problemas. En ese segundo no hay un «yo» que observe. La misma grandeza de la montaña, por un segundo, nos hace olvidar todas las preocupaciones. Seguro que se han dado cuenta de esto. ¿Han observado a un niño con un juguete? Se ha pasado todo el día haciendo travesuras, cosa que es normal, y, al darle un juguete, permanece durante una hora en perfecta calma, hasta que lo destroza. El juguete le interrumpe de sus travesuras, le distrae. De modo similar, cuando vemos algo muy hermoso, esa misma belleza nos absorbe. Es decir, hay belleza cuando no interviene el «yo», el propio interés, ninguna actividad del ego. Sin que nos absorba o nos conmueva algo tan hermoso como una montaña o un valle con profundas sombras, sin que nos distraiga una montaña, ¿es posible comprender la belleza sin que intervenga el «yo»? Porque cuando éste interviene, deja de haber belleza; cuando hay interés propio, no hay amor. De modo que el amor y la belleza van juntos, no están separados.

También tenemos que hablar de la muerte, que es una de las cosas que, como es evidente, todos debemos afrontar. Tanto si somos ricos como pobres, la muerte es algo seguro para todos los seres humanos; todos moriremos. Pero no somos capaces de comprender la naturaleza de la muerte. Tenemos miedo de morir, y tenemos la esperanza de que haya continuidad después de la muerte. De modo que vamos a descubrir por nosotros mismos qué es la muerte, porque deberemos afrontarla tanto si somos jóvenes como ancianos. Y para comprenderla debemos saber qué es vivir, qué es nuestra vida.

¿Estamos malgastando nuestras vidas? Con la palabra *malgastar* me refiero a disipar nuestra energía de diferentes maneras, por ejemplo, en profesiones especializadas. ¿Estamos malgastando toda nuestra existencia, nuestras vidas? Si es rico puede que diga: «Sí, he acumulado mucho dinero, y eso me ha proporcionado mucho placer». O si tiene un talento, es un peligro para una vida religiosa. El talento es un don, una facultad, una aptitud en una dirección concreta, lo que es una especialización. Pero ésta es un proceso fragmentario. Deben preguntarse si están malgastando sus vidas. Puede que usted sea rico, tal vez tenga toda clase de habilidades, o quizás sea un especialista, un gran científico o un hombre de negocios, pero al final de su vida, ¿ha desperdiciado el tiempo? Todas las dificultades, los sufrimientos, las tremendas ansiedades, la inseguridad, las absurdas ilusiones que el hombre ha coleccionado, todos sus dioses, sus santos,

etcétera, ¿suponen desperdiciar el tiempo? Puede que usted tenga poder, posición, pero al final, ¿qué? Ésta es una pregunta que debe hacerse, ya que no puede responder otra persona por usted.

Hemos separado la vida y la muerte. Esta última es el final de la vida. Situamos la muerte lo más lejos posible, con un largo intervalo de tiempo, pero al final de este largo viaje moriremos. Ahora bien, ¿qué es lo que llamamos vivir? Ganar dinero, ir a la oficina de las nueve a las cinco, trabajar duramente en un laboratorio, en una oficina o en una fábrica, con ese interminable conflicto, miedo, ansiedad, soledad, desesperación, depresión: eso es lo que llamamos vivir, la vida. Aunque nos aferramos a ello, ¿es eso vivir? En esa vida hay dolor, sufrimiento, ansiedad, conflicto, toda clase de engaños y de corrupción. Donde hay interés propio hay corrupción. Y a eso le llamamos vivir. Lo sabemos, estamos familiarizados con todo ello, ésa es nuestra existencia diaria. Y tenemos miedo de morir, de saber; tememos liberar todo lo que conocemos, todo lo que hemos experimentado y acumulado: nuestros maravillosos muebles y nuestra hermosa colección de pinturas y representaciones. Y la muerte llega y dice: «No puede tener ninguna de estas cosas».

Aun así, seguimos apegados a lo conocido, temerosos de lo desconocido. Inventamos la reencarnación, pero no estudiamos qué es eso que encarna la próxima vida. Lo que encarna en la próxima vida es un conjunto de recuerdos, porque vivimos de ellos. Vivimos con el co-

nocimiento que hemos adquirido o heredado, somos ese conocimiento. El «yo» es el conocimiento de experiencias pasadas, pensamientos, etcétera. El «yo» puede inventar algo divino en uno, pero sigue siendo la actividad del pensamiento, y éste siempre es limitado. Así es como vivimos, a eso le llamamos vivir: placer y dolor, castigo y recompensa. Y la muerte significa el final de todo ello, de todas las cosas que hemos pensado, acumulado o disfrutado. Sin embargo, estamos apegados a ello. Estamos muy unidos a nuestras familias, a todo el dinero acumulado, al conocimiento, a las creencias y a los ideales con los que vivimos. Y, mientras, la muerte dice: «¡Se acabó, amigo mío!».

Pero, ¿por qué el cerebro ha separado la vida (vivir con el conflicto, etcétera) de la muerte? ¿Por qué se ha producido esa división? ¿Surge cuando hay apego? Quiero destacar que estamos compartiendo aquello con lo que el hombre ha vivido durante un millón de años, es decir, la vida y la muerte. Tenemos que examinarlo juntos, y no resistirnos ni decir: «Sí, creo en la reencarnación, con eso vivo, para mí es muy importante». De ser así, nuestra conversación terminaría. De modo que debemos estudiar qué es vivir, qué significa malgastar nuestra vida, y qué es morir. Estamos apegados a muchas cosas: a un gurú, al conocimiento acumulado, a los recuerdos de nuestro hijo o hija, etcétera. Y usted es estos recuerdos. Todo su cerebro está lleno de recuerdos, no sólo recuerdos de sucesos recientes, sino también aquellos que permanecen

latentes del tiempo de los animales, de los monos. Somos parte de estos recuerdos, y estamos apegados a toda esta conciencia. Eso es un hecho.

Y se presenta la muerte y dice: «Ha llegado el fin de su apego». Tememos ser *completamente* libres de todo esto. La muerte pone fin a *todo* lo que hemos conseguido. Podemos inventar y decir: «Seguiré en la próxima vida». Pero ¿qué seguirá? ¿Entienden mi pregunta? ¿Qué es ese deseo de continuidad? ¿Existe realmente la continuidad, si exceptuamos la cuenta bancaria, ir a la oficina cada día, la rutina de adorar y la continuidad de nuestras creencias? El pensamiento ha creado todo ello. El «yo», el ego, el mí y la persona son un conjunto de recuerdos antiguos y modernos. Pueden verlo ustedes mismos. No necesitan estudiar libros ni filosofías que hablen de todo ello. Pueden ver por sí mismos con toda claridad que son un puñado de recuerdos. Y la muerte pone fin a todos ellos, y por eso tenemos miedo.

Pero, ¿puede uno vivir en este mundo moderno con la muerte? No hablamos del suicidio. o, dicho de otro modo, ¿puede usted, mientras vive, terminar con todo apego, lo cual *es* morir? Estoy apegado a la casa donde vivo, la compré, pagué por ella mucho dinero; estoy apegado a todo el mobiliario, a los cuadros, a la familia, a los recuerdos. Y llega la muerte y erradica todo eso. Por tanto, ¿puedo vivir mi vida diaria con la muerte? Morir significa terminar con *todo* cada día, con los apegos. Pero nosotros separamos la vida y la muerte; por eso estamos

siempre temerosos. Pero cuando unan la vida y la muerte, vivir y morir, entonces descubrirán que hay un estado del cerebro en el cual cesan tanto el conocimiento como los recuerdos. No obstante, se requiere conocimiento para leer, para venir hasta aquí, para hablar inglés, para llevar cuentas, para ir a casa, etcétera. Se necesita el conocimiento, pero no como algo que llena completamente la mente.

El otro día hablamos con un experto en informática. La computadora ha sido programada y puede almacenar memoria. También puede imprimir esa memoria en un papel, en un disco, y eliminarla para que no haya nada, de forma que pueda reprogramarse o recibir nuestras instrucciones. De forma similar, ¿puede el cerebro utilizar el conocimiento cuando es necesario, pero estar libre de él? Es decir, nuestro cerebro siempre está registrando. Usted registra lo que se está diciendo ahora, y ese registro se convierte en memoria. Esa memoria, ese registro, es necesario en cierta área, que es la física. Ahora bien, ¿puede el cerebro estar libre, de manera que pueda funcionar en una dimensión totalmente diferente? O, dicho de otro modo, *cada* día, cuando se acueste, elimine *todo* lo que ha acumulado, muera al finalizar el día.

Una afirmación como ésa, es decir, vivir es morir, no son dos cosas realmente separadas. Hay que escuchar esa afirmación no sólo con el oído, sino que hay que hacerlo con detenimiento. Escuchen su verdad, su realidad, y, por un momento, adviertan su simplicidad. Más tarde, pierde todo esto, sigue apegado, ya sabe todo lo demás.

¿Es posible que cada uno de nosotros muramos al finalizar cada día a todo lo que no es necesario, a cada recuerdo de una herida, a las creencias, a la fe, a la ansiedad, al sufrimiento? Si terminan con todo cada día, entonces descubrirán que están viviendo siempre con la muerte, puesto que es ese terminar.

También se debe estudiar la cuestión del terminar. Nunca concluimos nada por completo. Lo hacemos si obtenemos algún beneficio, alguna recompensa. ¿Podemos, de forma voluntaria, terminar sin la suposición de que existe algo mejor en un futuro? Tenemos la posibilidad de vivir de esa manera en el mundo moderno. Ésa es la forma holística de vivir, en la que conviven vivir y morir.

Debemos también hablar de qué es el amor. ¿Es el amor una sensación? ¿Es deseo? ¿Es placer? ¿Es algo del pensamiento? ¿Ama a su esposa, a su esposo o a sus hijos? ¿Implica el amor celos? No diga: «No», porque *usted* es celoso. ¿Es el amor miedo, ansiedad, dolor, etcétera? Entonces, ¿qué es el amor? Puede ser rico, tener poder, posición, importancia, toda esa forma jerárquica de ver la vida; sin embargo, sin amor, sin esa cualidad, sin ese perfume, sin esa llama, usted es una cáscara vacía. Si amara a sus hijos, ¿habría guerras? Si amara a sus hijos, ¿permitiría que se mutilara en las guerras, que se matara o que se hirieran a otros? ¿Puede el amor existir si hay ambición? Es algo que se debe afrontar. Pero no lo hacen, porque están atrapados en la rutina, en la constante repetición

del sexo, etcétera. El amor no tiene nada que ver con el placer, con la sensación. El amor no pertenece al pensamiento. Por tanto, no forma parte de la estructura del cerebro, sino que está totalmente fuera él. En su misma naturaleza y estructura, el cerebro es un instrumento de la sensación, de la respuesta nerviosa, entre otras cosas, pero el amor no puede existir donde hay mera sensación. La memoria no es amor.

Asimismo, debemos hablar de qué es una vida religiosa y qué es religión, aunque se trate de un tema muy complejo. El ser humano siempre ha buscado, ha inquirido, ha anhelado algo más que lo físico, algo más allá de la existencia diaria, del dolor, del sufrimiento y del placer. Siempre ha buscado algo más allá (primero en las nubes, en los truenos, como si fueran la voz de Dios). Más tarde adoró los árboles y las piedras. Los primitivos aún lo hacen; en las aldeas alejadas de estas horrorosas ciudades, siguen adorando a las piedras, a los árboles y a las pequeñas imágenes. El ser humano quiere descubrir si existe algo sagrado. Y entonces llega el sacerdote y dice: «Se lo señalaré, le mostraré el camino». Eso es lo que hacen los gurús. También están los rituales de los sacerdotes occidentales, esa constante repetición, y la adoración de imágenes particulares. Y usted también tiene sus imágenes. Puede que no crea en nada de eso, y tal vez diga: «Soy ateo, no creo en Dios, soy humanitario». No obstante, el ser humano siempre ha querido encontrar algo más allá del tiempo y de todo pensamiento.

Así pues, vamos a investigar, vamos a ejercitar nuestros cerebros, nuestra razón y nuestra lógica, para averiguar qué es la religión y qué es una vida religiosa. ¿Es posible una vida religiosa en este mundo moderno? Esto no significa hacerse monje o unirse a un grupo organizado de monjes. Sólo seremos capaces de descubrir qué es en realidad la vida religiosa cuando comprendamos qué son las religiones actuales, las apartemos y no pertenezcamos a *ninguna* religión organizada, a ningún gurú, y estemos libres de cualquier autoridad psicológica o espiritual. No existe ninguna autoridad espiritual. Uno de los crímenes que hemos cometido ha sido inventar un mediador entre la verdad y nosotros.

Así, uno empieza a investigar qué es la religión, y en ese mismo proceso vive una vida religiosa. Tan sólo con mirar, observar, hablar, dudar y cuestionar sin creencia ni fe estamos viviendo una vida religiosa. Vamos a hacerlo ahora.

Parece que perdemos toda razón, lógica y cordura cuando tratamos asuntos religiosos. De modo que debemos ser lógicos y racionales; debemos poner en duda, cuestionar. Todas aquellas cosas que el ser humano ha creado, como los dioses, los salvadores y los gurús con sus teorías, no son religión; sólo se trata de unos pocos asumiendo autoridad. O son ustedes quienes les *dan* esa autoridad. ¿Han observado que cuando hay desorden social o político aparece un dictador, un líder? Tenemos varios ejemplos recientes: Mussolini o Hitler, ese hom-

bre loco. Si hay desorden político, religioso o en nuestra propia vida, creamos una autoridad. Somos responsables de ella, y hay personas que están deseosas de aceptarla.

Vamos a analizar qué es religión. Cuando existe el miedo, inevitablemente el ser humano busca protección, amparo, algo que le aporte una sensación de seguridad, de completa certeza, porque, en esencia, tiene miedo. A partir él inventa a los dioses. A partir de ese miedo inventa todos los rituales, todo ese circo en nombre de la religión. Todos los templos de este país, todas las iglesias y mezquitas son una creación del pensamiento. Puede que digan que existe una revelación, pero nunca se cuestiona esa revelación; simplemente la aceptan. Y si uno utiliza la lógica y la razón, se da cuenta de que todas las supersticiones no son religión. Es obvio. ¿Pueden olvidarse de eso para descubrir cuál es la naturaleza de la religión, de esa mente que tiene la cualidad de vivir religiosamente?

¿Podemos nosotros, como seres humanos temerosos que somos, no inventar, no crear ilusiones, sino afrontar el miedo? Éste puede desaparecer por completo si lo afrontamos, si permanecemos con él, si le prestamos atención y no escapamos de él. Es como enfocar el miedo con una luz centelleante. En ese momento el miedo desaparece por completo. Y si no hay miedo no hay Dios, no hay rituales; todo se torna innecesario y absurdo; todo es irreligioso. Las cosas que ha inventado el pensamiento son irreligiosas, porque éste no es más que un proceso material basado en la experiencia, en el

conocimiento y en la memoria. El pensamiento ha inventado toda la maraña, toda la estructura de las religiones organizadas que no tienen ningún sentido. ¿Pueden dejar a un lado todo eso, de forma voluntaria, sin buscar ninguna recompensa? ¿Lo harán? Si lo hacen, entonces empezarán a preguntarse qué es religión y si existe algo más allá de todo tiempo y pensamiento.

Pueden hacerse esa pregunta, pero si el pensamiento inventa algo más allá, entonces seguirá siendo un proceso material. Dijimos que el pensamiento es un proceso material, porque las células cerebrales sustentan, nutren al pensamiento. Quien les habla no es científico, pero pueden observarlo por sí mismos, al comprobar la actividad de su propio cerebro, que es la actividad del pensamiento. Si dejan a un lado todo esto, sin resistencia, entonces, inevitablemente, se preguntarán: ¿existe algo más allá de todo tiempo y espacio? ¿Existe algo que nunca antes ningún ser humano ha visto? ¿Existe algo inmensamente sagrado? ¿Existe algo que el cerebro no haya tocado nunca? Lo descubrirán si dan el primer paso, que consiste en descartar toda esa basura llamada «religión», utilizando su cerebro, su lógica, sus dudas, su cuestionamiento.

Ahora bien, ¿qué es meditación? Es una parte de lo que llamamos religión. ¿Qué es meditación? ¿Es escapar del mundanal ruido? ¿Es tener la mente en silencio, en calma, en paz? Practican sistemas para estar atentos, para controlar sus pensamientos. Se sientan con las piernas cruzadas y repiten algún mantra. Me dijeron que el sig-

nificado etimológico de la palabra *mantra* es «reflexionar sobre no llegar a ser», aunque también quiere decir «liberar, dejar a un lado toda la actividad egocéntrica». Pero nosotros seguimos con nuestro propio interés, con nuestras actitudes egoístas, y de esa manera el mantra pierde su significado. Y, ¿qué es meditación? ¿Es la meditación un esfuerzo consciente? Meditamos conscientemente, practicamos para alcanzar algo, para lograr una mente tranquila, una sensación de quietud en el cerebro. ¿Cuál es la diferencia entre un meditador y el hombre que dice: «Quiero dinero, trabajaré para conseguirlo»? Ambos buscan un logro, ¿no es cierto? Uno se llama logro espiritual, y el otro, logro mundano. Pero ambos están en la línea de la consecución. Así, para quien les habla, eso no es meditación en absoluto. Cualquier deseo activo, consciente o deliberado, no es meditación.

Uno debe preguntarse: ¿existe una meditación que no sea producto del pensamiento? ¿Existe una meditación de la cual uno no sea consciente? Cualquier proceso deliberado de meditación no es meditación; eso es obvio. Pueden sentarse con las piernas cruzadas el resto de sus vidas, meditar y controlar su respiración, pero nunca se acercarán a esa otra cosa. Porque todo ello es una acción deliberada para conseguir un resultado, es causa y efecto. Por tanto, el efecto se convierte en la causa, y quedan atrapados en ese círculo. Luego, ¿existe una meditación que no sea obra del deseo, de la voluntad o del esfuerzo? Quien les habla dice que existe. No tienen por qué creer-

lo. Todo lo contrario. Deben dudar, cuestionar igual que el orador cuestiona, duda, desmenuza. ¿Existe una meditación que no sea premeditada, organizada? Para saberlo debemos comprender que el cerebro está condicionado, que es limitado. Y ese cerebro trata de entender lo ilimitado, lo inconmensurable, lo eterno (siempre que exista).

Para ello, es importante comprender el sonido. El sonido y el silencio van juntos. Ustedes no comprenden el sonido, la profundidad del mismo, porque separan el sonido del silencio. El sonido es la palabra, el latir de su corazón. El Universo (en el sentido de toda la Tierra, todo el cielo, los millones de estrellas, todo el firmamento) está lleno de sonidos. Es evidente. No es necesario que nos lo digan los científicos. Y hemos convertido el sonido en algo intolerable. Queremos tener el cerebro en calma, en paz, pero si escuchamos un sonido, es el silencio. El silencio y el sonido no están separados.

Así, la meditación no es algo premeditado, organizado, sino que empieza en el primer paso, que es estar libre de todas sus heridas psicológicas, de todo el miedo acumulado, de las ansiedades, del sentimiento, de la soledad, de la desesperación y del sufrimiento. Ésa es la base; ése es el primer y el último paso. Si da ese primer paso, es suficiente. Pero no estamos dispuestos a darlo, porque no queremos ser libres. Queremos depender del poder, de otras personas, del entorno, de nuestras experiencias y conocimientos. Siempre depender, depender, y nunca estar libres de toda dependencia, del miedo. Así,

el cese del sufrimiento es amor. Cuando hay amor, hay compasión. Y esa compasión tiene su propia inteligencia integral. Y cuando ésta actúa, su acción es siempre la verdad. Cuando esa inteligencia existe, no hay conflicto.

Han escuchado lo que hemos dicho acerca del fin del miedo, del sufrimiento, de la belleza y del amor. Pero escuchar es una cosa y actuar es otra. Han escuchado todo lo que es verdad, lógico, sensato y racional; sin embargo, no actúan de acuerdo con todo ello. Regresan a sus casas y vuelven a lo de siempre: las preocupaciones, los conflictos, las desdichas. Por eso uno pregunta: ¿cuál es el sentido de todo eso? ¿Cuál es el sentido de escuchar a quien les habla y no vivirlo? Escuchar y no hacer nada es malgastar la vida. Si escuchan algo que es verdadero y no actúan, están malgastando su vida. Y la vida es demasiado valiosa. Es lo único que tenemos. También hemos perdido el contacto con la naturaleza, lo que significa perder el contacto con nosotros mismos, porque somos parte de ella. No aman a los árboles, a los pájaros, a los ríos y a las montañas. Destruyen la Tierra. Se destruyen unos a otros. Todo ello implica malgastar la vida. Cuando uno se da cuenta de todo eso, no de forma intelectual o verbal, entonces vive una vida religiosa. Ponerse un taparrabos, deambular pidiendo limosna o aislarse en un monasterio no es una vida religiosa. La vida religiosa empieza cuando no hay conflicto, cuando existe ese amor. En ese momento, puede amar a los demás, a su esposa o a su esposo, y ese amor se extiende a todos los

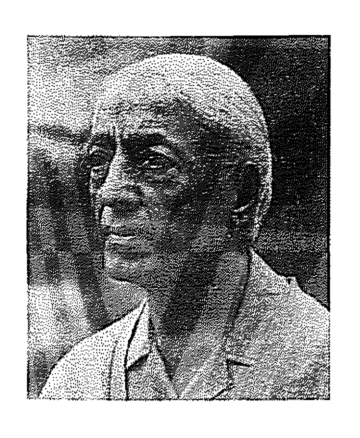
seres humanos y no se centra en una persona, por lo que no es restrictivo.

Así, pues, si pone todo su corazón, toda su mente, todo su cerebro, surge algo que está más allá de cualquier tiempo. Ahí es donde reside esa bendición. No está en los templos, en las iglesias o en las mezquitas, sino que se encuentra donde uno está.

10 de febrero de 1985

Índice

Acerca del autor



JIDDU KRISHNAMURTI, es uno de los filósofos más aclamados y carismáticos del siglo XX, y logró que sus conferencias y escritos inspirasen a numerosas personas en todo el mundo. Nacido en el sur de la India y educado en Inglaterra, durante décadas se dedicó a hablar a gente de los más variados rincones del planeta. En 1930, George Bernard Shaw se refería a él como «el mayor maestro del mundo», mientras que Aldous Huxley comparó una charla de Krishnamurti con un «discurso» del Buddha.

Este libro incluye la última serie de charlas públicas que Krishnamurti ofreció en Bombay en febrero de 1985. Estas charlas son extraordinarias por las perspectivas y los matices inusuales de Krishnamurti al tratar los temas psicológicos.

En ellas, el autor insiste en que nos demos cuenta de que estamos malgastando nuestras vidas al no liberarnos de nuestras heridas, conflictos, miedos y sufrimientos, y al seguir en nuestro estrecho mundo de la especialización.

La última charla termina con un penetrante sentimiento religioso y una afirmación profunda: «Así, pues, si ponemos todo nuestro corazón, toda nuestra mente, todo nuestro cerebro, surgirá algo que está más allá de todo tiempo. Ahí es donde reside esa bendición. No está en los templos, en las iglesias o en las mezquitas. Esa bendición se encuentra donde uno está».

JIDDU KRISHNAMURTI, es uno de los filósofos más aclamados y carismáticos del siglo XX, y logró que sus conferencias y escritos inspirasen a numerosas personas en todo el mundo. Nacido en el sur de la India y educado en Inglaterra, durante décadas se dedicó a hablar a gente de los más variados rincones del planeta. En 1930, George Bernard Shaw se refería a él como «el mayor maestro del mundo», mientras que Aldous Huxley comparó una charla de Krishnamurti con un «discurso» del Buddha.

978-84-9777-953-1
PVP 7 €
9 788497 779531

EDICIONES OBELISCO

Diseño de la cubierta: Enrique Iborra